



NUNCA HASTA
PARIS

Alvaro Castillo

NUNCA HASTA PARÍS

Alvaro Castillo

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai
sungailola@gmail.com

INDICE

1)

2)

3)

4)

5)

6)

7)

8)

9)

10)

11)

12)

13)

BIOGRAFÍA Y ENLACES

1)

El juez Odúber Téllez estaba condenado a morir en su cama pero consiguió zafarse. Siete años pasó loco atado con correas a los barrotes de una cama hasta que una noche (nadie supo nunca cómo) se fugó.

La Señora Mayor, su mujer, su viuda en vida, dormía en una pieza, pasillo por medio. El juez loco entró desnudo a la pieza y en silencio la violó. Después saltó desnudo al jardín y se perdió en la noche.

Era una noche de tormenta. A menos de cien metros de la casa un rayo fulminó al juez. Lo enterraron en el mismo lugar en que cayó. No necesitaron cavar siquiera. El rayo había hecho un pozo en la tierra y el cuerpo calcinado del juez Odúber Téllez yacía en el fondo. Lo taparon con tierra fosfatada y de sus huesos y su sangre creció una encina.

Cuando el juez loco murió, Leonor, la hija, tenía ya once años. Manuel, el hijo, aún no había nacido.

Enterraron al juez y la encina empezó a fermentar en el calcio de sus huesos y en el plasma de su sangre. La Señora Mayor ya hacía semanas que vestía de luto cuando lo supo: estaba de nuevo embarazada.

Veinte años la Señora Mayor llevó luto por su difunto marido. Hasta un mediodía de invierno en el país y de verano en Europa en que apareció con un ajado vestido blanco y una flor falsa color amarillo estrépito en la cintura.

Sus dos hijos la miraron como a un fantasma.

La Señora Mayor se sentó a la mesa del almuerzo, entrelazó los dedos huesosos y dijo:

-¿Qué les parecería un viaje a Europa, chicos?

En el barco había una muchacha judía que ocupaba un camarote de la misma cubierta que los de los Téllez.

Ya en las fiestas del fin de semana del Club de los Arponeros (cuando los viejos borrachos, puteadores y timberos accedían por dos días a moderar el licor, tragar las palabrotas y olvidar naipes manoseados y fichas de nácar en bien de una idea –la familia- en la que todos creían creer pero ninguno creía) Manolo había visto cada sábado y domingo, durante años, a la muchacha judía que lo miraba con sus grandes ojos acuosos que nunca parpadeaban.

En aquellas fiestas del fin de semana en el Club (cuando las viejas cacatúas se sentaban a adornar y sonreír en la fila de sillones de gobelino contra las paredes para creer por dos noches no creer en una idea en la que sí creían: la familia) se comentaba que Manolo Téllez parecía el único cuerdo en una familia de locos de espanto. Había generaciones de locos entre los Téllez.

Sentado en una silla entre las viejas como un mirlo perdido entre papagayos Manolo sonreía. Había quienes decían que Manolo no era loco como los otros de la familia porque no podía. Porque era tonto.

Y la muchacha judía lo miraba.

En el barco, al otro día de zarpar, Manolo vio a la muchacha judía apoyada en la baranda con un largo chal oscuro que le cubría los hombros. No se sorprendió. Se saludaron brevemente y la muchacha puso sus ojos húmedos que nunca parpadeaban en la cara de Manolo.

Al regresar de Europa, Manolo Téllez y la muchacha judía se casaron. En la boda, la Señora Mayor sufrió un sofoco.

-Estoy emocionada –dijo-. Es la primera vez que me pasa.
Siempre decía cosas parecidas.

2)

Pocos días antes de emprender el viaje Leonor había cumplido treinta y un años.

Desde mucho tiempo atrás Leonor parecía ir en camino de una soltería rabiosa y ajada. Ahora aquellos vaticinios eran ya una despiadada certidumbre.

De niña Leonor prometía ser hermosa. Sin embargo, con los primeros ciclos y los primeros sueños deshechos de colegiala sus facciones empezaron a amoldarse (como una mala copia vagamente femenil) a las duras facciones en ángulos del que había sido su padre. Con el correr de los fracasos y la diaria comprobación de la indiferencia y el desdén ajenos (cuando no la burla directa, el escarnio), los ojos de Leonor poco a poco adoptaron la mirada oblicua y desconfiada de su madre, aunque por el motivo opuesto.

La Señora Mayor había sido hermosa y su desconfianza, por eso, era en el fondo sarcasmo y desprecio. Acostumbrada a suaves tradiciones recatadas, a la Señora Mayor no le había gustado, de adolescente y de adulta, que otros hombres que no fueran su único novio y único –el mismo- marido la miraran. Leonor, en cambio, siempre había anhelado de las sinuosas miradas masculinas, por dos cosas: porque la locura de su padre había quebrantado para siempre las pálidas tradiciones heredadas y porque era fea. Sobre todo por eso tan cruel y fortuito: la fealdad.

Los años trabajaron malamente en Leonor. Cuando Manolo era un muchacho largo y débil, de apenas catorce años, Leonor había decidido so-

meter su ansia imposible de hombres con una medida drástica: imitando a los hombres. Empezó a andar con pasos de hombre y reír con una risa gruesa y lejana que tal vez concluía con una risa de hombre. Pero Manolo un día se había dado cuenta: “Leonor se ríe como una vaca”, había pensado. Y desde aquel día pensaría siempre igual.

Leonor fumaba cigarrillos negros y constantemente se arrancaba con dos dedos las hebras de tabaco que se le pegaban a los labios y a la lengua. Al sentarse, Leonor separaba las piernas, colocaba las dos manos en las rodillas abiertas y echaba hacia delante el cuadrado desafío de su pesada mandíbula.

Manolo sabía que todo aquello era sólo una pose torpe y desesperada y sentía lástima, de a ratos, por su hermana.

Fue Leonor la que llevó a la muchacha judía a la mesa de Señora Mayor.

Ya el barco había salido del agua sucia del Río de la Plata y enfilaba hacia Río de Janeiro por las aguas menos sucias del océano.

-Madre –dijo Leonor-. ¿No se acuerda?

La Señora Mayor sujetó ante los ojos las pequeñas gafas redondas y miró.

-Es la sobrina del doctor Shalom –dijo Leonor.

Con un gesto desdeñoso la Señora Mayor consintió en recordar.

Desde entonces la muchacha judía se sentaría todos los días a la misma mesa que Manolo, por las mañanas y las tardes y las noches, con los grandes ojos acuosos que lo miraban sin parpadear igual que dos pequeños estanques limpísimos.

La muchacha judía se llamaba Esther Shalom, tenía veinticinco años y viajaba sola a Europa.

-Visitaré museos y asistiré a corridas de toros y subiré a lo más alto de la Torre Eiffel –decía-. Tocaré todas las columnas del Partenón. Una a una.

-Europa es un gran continente –decía la Señora Mayor.

Manolo buscó el escándalo en los ojos de su madre pero sólo encontró una tibia mirada complaciente.

-Viaja sola –comentaría Manolo después.

Esther y Leonor jugaban al ping-pong en el extremo opuesto del salón.

-¿Y qué? –dijo su madre-. Es judía.

Manolo sonrió. “Así está bien”, pensó. Así era, pensó (creyó), su madre. Así debía ser siempre.

La primera ciudad de Europa que pisaron los Téllez después de la larga travesía marítima fue Barcelona.

Con el alba salieron, la madre, el hijo, la hija a la cubierta. Los tres codo a codo se pusieron a mirar la ciudad: un fulgor confuso que se delineaba poco a poco, destello a destello, en el horizonte. Hacía frío a esa hora del día y una sucia neblina portuaria se extendía sobre el mar.

Cuando el barco atracó ya hacía calor. Era un día húmedo y gris de verano.

Había huelga en el puerto de Barcelona aquel día y Manolo tuvo que contratar los servicios de tres vagabundos borrachos para que trasladaran las maletas hasta un coche. Los taxis se negaban a cargar tanto equipaje y hubo que meterlo todo en un carromato tirado por una jaca vieja.

-¿Cuánto les debo? –preguntó Manolo.

-Lo que usted quiera, señor.

Manolo metió una mano en un bolsillo y sacó billetes. Desconocía el valor de los billetes. Apartó dos y los dio:

-Gracias.

-Gracias, señor.

Los vagabundos hicieron sonrisas y reverencias al dinero de Manolo y uno le ofreció beber a Manolo del líquido borroso de una botella babeada.

Manolo rechazó el ofrecimiento sin hablar y se alejó. Había captado en las sonrisas borrachas de los vagabundos un sutil matiz de desprecio.

Vio que Leonor sonreía nerviosa al pasar junto a los vagabundos y que los vagabundos, los comebichos, la miraban. Cuando ya Leonor les daba la espalda, los vagabundos, los tres, empezaron a codearse. Manolo sintió náuseas y cansancio.

La Señora Mayor había subido a un taxi y esperaba a Leonor con la puerta abierta.

Leonor llegó junto al taxi, lanzó una última mirada inquieta a los vagabundos y entró.

Por la ventanilla opuesta la Señora Mayor asomó la cabeza y miró a Manolo.

-“Hotel Las Tres Gracias” –dijo-. No te olvides.

Manolo asintió y se acercó para dar un beso a su madre, pero no pudo hacerlo. En el momento en que doblaba la cintura hacia la cara de su madre el taxi arrancó. Con una remota sensación de fracaso Manolo miró por un instante el taxi que se alejaba.

Después se dirigió a pasos rápidos hacia el carromato y no sabía del todo por qué. Sentía la difusa opresión de la vergüenza en la garganta.

-“Hotel Las Tres Gracias” –dijo.

El cochero lo miró.

-¿Sabe usted dónde queda? –preguntó.

Antes de preguntar había girado veloz la cabeza y escupido un salivazo oscuro al suelo. Sus ojos se habían apartado apenas un instante de Manolo.

-No –dijo Manolo.

El cochero movió un milímetro las cejas, como con un milímetro de desencanto. Era un hombre aún joven y hablaba con un indefinible acento forastero (más tarde Manolo aprendería que los catalanes hablaban todos así, forzando su extranjería, como si quisieran mostrar, con su torpe acento castellano, una especie de refinado desprecio popular por un idioma que les había sido impuesto). El cochero tenía metido en la boca un cigarro retorcido y llevaba una boina sudada en un costado de la cabeza. El cigarro estaba apagado, con la ceniza dura como una costra seca.

-Tú –dijo el cochero.

Uno de los vagabundos se acercó.

-¿Sabes dónde queda el “Hotel Las Tres Gracias”? –preguntó el cochero.

El vagabundo se rascó la cabeza.

-Creo que sí –dijo.

Dudó un momento.

-Sí –agregó.

Miraba a Manolo y sonreía. Tenía la botella sujeta por el gollete y apretada contra el pecho.

-Hágame lugar –dijo el vagabundo-. Iré con ustedes. Les indicaré.

Manolo se corrió al medio del asiento y el vagabundo subió.

-Me llamo Manolo –dijo.

Manolo vaciló antes de hablar. Tragó saliva.

-Yo también –dijo.

-Venga esa mano, entonces –dijo el vagabundo.

Manolo sintió la mano húmeda del otro que le apretaba los dedos.

El cochero azuzó a la jaca.

-Vamos, doña Inés –dijo.

El viaje hasta el hotel pareció eterno. El carromato se bamboleaba en las calles empedradas. La jaca expelía tibias ventosidades y sacudía todo el tiempo la cabeza haciendo sonar los cascabeles que llevaba colgados de las crines. La jaca tenía la cabeza cubierta por una gorra verde con dos agujeros por los que aparecían las tiesas orejas.

Manolo no miraba la ciudad pero la sentía alrededor, extranjera y enemiga. “Si esto es Europa mejor me hubiera quedado en casa”, pensaba. El vagabundo apestaba a alcohol y el cochero a fuerte tabaco negro. Los dos olían a sudor.

El vagabundo hablaba. Todo el tiempo habló.

-Yo pude haber sido alguien en la vida –decía-. Tengo estudios. Sé leer y escribir. Conozco cosas. He recorrido el mundo y aprendido mucho. He visto el Partenón, el Taj Mahal y las ruinas de Tenochtitlán. Mi padre fue capitán de navío. Mi madre hablaba francés. A mí también me llamó el mar, como a mi padre, desde siempre. A los dieciocho años tuve que elegir entre la Universidad y los barcos y elegí los barcos. En vez de médico me hice marino.

Tenía la voz opaca, el vagabundo, el timbre alcoholizado. Con una constancia casi de enamorado acariciaba sin cesar el lomo de la botella de inexplicable licor que llevaba en el regazo. Como si fuera el cuerpo de una mujer la acariciaba, la recorría. De vez en cuando la destapaba, bebía en un largo beso de amor y la tapaba de nuevo.

-Esto me ha matado, sí señor –decía-. Siempre me ha gustado demasiado el trago. Esa ha sido mi perdición.

Manolo sacudía gravemente la cabeza, sin saber qué contestar. Nunca en la vida había probado el alcohol.

-No se dedique al trago, tocayo. No vaya a hacerlo –decía el vagabundo-. Hágame caso.

Destapaba la botella, bebía y la tapaba de nuevo. Sus dedos no dejaban de acariciarla.

-El trago y las mujeres son inventos del demonio –decía-. Yo también tuve mujer.

Se reía.

-¡Mujeres! –exclamaba.

Su voz de aguardiente del peor decía:

-He tenido mujer en todos los puertos, como buen marino. En Alejandría, en Estambul, en Odessa, en Shanghai. Me gustan las mujeres de color distinto. Negras. Chinas. Las judías de Odessa también tienen un color especial, sólo de ellas. ¡Qué judías, mi Dios! La piel les brilla como si se bañaran en aceite. Hágame caso, tocayo. Mujer y tragos jamás. Más vale meterse a cura.

De nuevo se reía. Tenía una forma grotesca y triste de reírse, con carcajadas viscosas que parecían enredarse en la saliva: había en su risa como una rémora degenerada de una remota elegancia.

-Ah, querida –decía-. Me has matado.

Sus dedos contorneaban la botella: el amor. Con la premiosa pasión del amante engañado día tras día.

-Me has matado –insistía.

Al llegar a las puertas del hotel Manolo bajó del carro de un salto. Casi tiró al vagabundo al suelo.

La botella cayó de sus manos y se deshizo en el empedrado.

Manolo, aterrado, vio la mancha de licor que se escurría entre los adoquines. Sintió como si hubiera matado sin querer a un ser humano.

El vagabundo bajó del pescante. Sus zapatos deformados pisaron los vidrios desparramados.

-¿Ve? –dijo-. ¿Qué ha hecho?

-Lo siento –dijo Manolo.

Sacó un billete y se lo dio al vagabundo.

-Cómprase otra –dijo.

El vagabundo agarró el billete.

-Recuerde lo que le he dicho –dijo-. Aléjese del trago.

-Gracias –dijo Manolo.

El cochero estaba junto a ellos. Manolo lo miró y sacó más billetes.

-Encárguese de las maletas, ¿quiere? –dijo.

Puso los billetes en la mano abierta del cochero y entró corriendo al hotel.

En el vestíbulo vio a Esther Shalom, la muchacha judía, que lo miraba sin parpadear con sus grandes ojos de agua clara.

Los Téllez estuvieron tres días en Barcelona y de allí se marcharon en tren a Madrid.

Leonor y la muchacha judía salieron juntas todas las tardes en Barcelona. Salían después del almuerzo y regresaban cansadas y habladoras al anochecer. Separado de la habitación de su madre y su hermana por un ligero tabique, Manolo escuchaba a las tres mujeres hablar. Oía el murmullo de sus voces y la cercana insistencia de sus risas. La risa de vaca en celo de Leonor a veces le hacía daño. Era una risa despareja, que subía hasta quebrarse en agudos de vaca loca y se ahogaba regurgitando en notas graves de contralto carrasposa. Tirado en la cama, con la húmeda noche de verano formándose en la ventana, Manolo escuchaba la risa de vaca de Leonor como una afrenta. Su hermana era torpe y fea y desgraciada y la lástima no impedía que a veces Manolo la odiara. Por eso: por su fealdad y su torpeza y su desesperada paciencia en la desgracia.

La noche antes de partir la muchacha judía comió con los Téllez. Hasta esa noche Manolo –después del fugaz encuentro en el vestíbulo- no la

había visto: sólo la había escuchado reír y hablar del otro lado del tabique.

La voz de la muchacha judía era lenta y suave, sus palabras llegaban claras a Manolo.

-Ay, no se imagina usted, señora –decía la voz-. De allí fuimos al Parque Güell. Ay, si viera qué maravilla.

-A mi no me gustó –decía Leonor.

La voz forzada era menos nítida: Manolo tenía que aplastar el oído al tabique de la madera para descifrar los sonidos de la ardua y trabajosa voz de varón impostado de su hermana.

-Pero igual me divertí –decía Leonor.

-Ay, sí –decía la judía-. Las dos lo pasamos regio.

La risa de la judía era todo lo contrario a la de Leonor. Era una risa mesurada y complaciente, cómplice y portavoz de secretas ambiciones leves y seguras. Era la risa de una persona sin ninguna urgencia, la risa de un ágil animal astuto. “Alguien –pensaba Manolo, con un conato de espanto- que sabe seguir, resistir y luchar. Que espera para vencer, para ganar”.

La risa de la judía le daba una especie de pavor a Manolo: igual que sus ojos.

No se apartaron de Manolo los ojos de la judía. Más que a nada se parecía (la mirada) a la solemne mirada de un perro o un niño: un perro que esperara una caricia y un niño que esperara, con los turbios ojos con un matiz de lágrima, una moneda: un perro manso y fiel y ya viejo (y sabio) y un niño ya viejo (y sabio) y manso y arraposo.

La muchacha judía miraba a Manolo como si no lo mirara. La Señora Mayor y Leonor no se daban cuenta, siquiera, de la mirada aquella. Era una mirada tenue y constante: era una forma como definitiva de la posesión.

“Una mujer que espera y cree y sabe”, pensaba Manolo. La muchacha judía lo miraba, lo tenía ante sus ojos (Manolo tenía ante sí los ojos acuosos de la

judía) aun cuando no lo miraba. Cuando hablaba con Leonor, cuando se dirigía con palabras respetuosas a la Señora Mayor, la judía sacaba los ojos de Manolo al tiempo que los dejaba. No estaban, sus grandes ojos húmedos, pero era igual que si estuvieran: redondos, llorosos, sin mostrar ambición (los ojos), que el tic-tac neutro de ningún reloj podría medir ni marcar (porque era un tiempo que no estaba hecho de segundos ni minutos), los ojos volvían: seguían.

Eso fue lo que pensó Manolo esa noche, más tarde esa noche cuando ya se revolvía inquieto en la cama: del otro lado del tabique sólo se oía, a intervalos exactos, el crujido familiar de las hojas del libro que leía la Señora Mayor. Leonor sin duda dormía, y, en el desamparo del sueño, era de nuevo, a su pesar, mujer: no roncaba.

Después del café la muchacha judía había desplegado fotografías sobre la mesa. Antes había pedido permiso a la Señora Mayor.

-Ay, señora –había dicho-. ¿Me deja que muestre unas fotos?

Hablaba sólo para la Señora Mayor. Nunca se dirigía a Manolo al hablar. Sólo lo miraba.

Una de las fotos sorprendió a Manolo: era una foto con techos puntiagudos de casas a la distancia y en primer plano Leonor y la judía.

-Esta foto –decía la judía- nos la sacó un señor, en el Montjuich. Fue muy amable.

-Demasiado –dijo Leonor.

-Ay, sí –dijo la judía.

-Nos invitó a conocer su casa –dijo Leonor.

-Nos quiso dar un beso al despedirse –dijo la judía-. Ay.

Manolo había agarrado la foto y la miraba.

-¿Te gusta? –preguntó Leonor.

-Linda foto –dijo Manolo.

-Te la regalo –dijo la judía.

Manolo dejó la foto en la mesa y no miró a la judía al contestar:

-No. Gracias.

En seguida se arrepintió. Le hubiera gustado tener esa foto, no por las dos mujeres en primer plano, sino por lo otro. Había una especie de vértigo luminoso en los techos puntiagudos de las casas allá abajo.

En los tres días Manolo apenas había salido del hotel y ahora también de eso se arrepentía. Sólo había visitado con su madre algunos lugares que figuraban en la guía turística –un folleto mal impreso con montañas de errores de ortografía- y una tarde había paseado solo por las calles sin alejarse demasiado del hotel. Manolo carecía por completo del sentido de la orientación y temía perderse en cualquier esquina. Mirando la foto, sin embargo, pensó que le hubiera gustado asomarse a aquel abismo de techos en pico en la distancia. Aun a riesgo de tener al lado todo el día a la muchacha judía.

Ahora la muchacha judía, le mostraba otra foto a la Señora Mayor. En la foto Leonor le daba de comer a unas palomas. Manolo pensó: “¿Por qué toda la gente que viene a Europa siempre se saca, más tarde o más temprano, una foto rodeada de palomas?”

-Son unas palomas encantadoras –dijo la muchacha judía-. No le tienen miedo al ser humano.

-Pobrecitas –comentó la Señora Mayor-. No saben a qué se arriesgan.

Tres días estuvieron los Téllez en Barcelona y de allí fueron en tren a Madrid. Después de unos días en Madrid seguirían a Valencia y en barco se trasladarían a Mallorca. De nuevo en barco viajarían a Barcelona y el mismo día tomarían el tren para París.

En el andén, mientras esperaban el momento de partir (también había una difusa huelga en ferrocarriles y los horarios eran más bien caóticos) Manolo trataba de entretenerse recorriendo por centésima vez el itinerario.

Sentado en un banco de madera en la punta del andén, entre una mujer gorda cargada de paquetes y un elegante caballero con sombrero hongo y guantes amarillos, bajo la luz amarilla de un farol en lo alto, Manolo había conseguido desplegar sobre las rodillas un mapa de Europa y lentamente lo recorría con un dedo. Buscaba el fenecido entusiasmo (el ansia joven que había sentido en Montevideo antes de embarcar: un ansia que lo hacía mirar la ciudad –los contornos familiares de las casas, las plazas, las calles- como a un opaco pueblón en siesta permanente, ya remoto de él: un ansia que lo hacía mirar a la gente y pensar –ya con el pasaje en el bolsillo, ya contando hacía atrás los días y horas y minutos que faltaban para el momento de subir al barco-, con una burlona misericordia: “pobres desgraciados, tener que quedarse anclados aquí”) y sentía la rabia como un nudo en la garganta por no poder revivirlo.

Un hombre uniformado pasó por el andén haciendo sonar un triángulo de hierro.

-¡Viajeros a Madrid! –anunciaba-. Andén número tres. ¡Viajeros a Madrid!

La mujer gorda manoteó por sus paquetes, resopló y se puso de pie. Parecía muy decidida, pero de golpe se aflojó. Su cuerpo hasta ese momento erguido se ablandó. Indecisa, la mujer miró a los costados.

-En aquella dirección, señora – dijo el elegante caballero de sombrero hongo y guantes amarillos que se sentaba al otro lado de Manolo.

Con un dedo el elegante caballero señaló hacia el fondo de la estación. La mujer de los paquetes se alejó.

Nervioso, Manolo empezó a plegar el mapa. El elegante caballero se levantó y estiró hacia abajo los puños de la camisa, hacia arriba el borde de los guantes. Parecía limpio y descansado y amable. Manolo lo envidió. Ha-

bía doblado el mapa y ya se lo metía en el bolsillo cuando, a cierta distancia, sintió una presencia.

Alzó la vista.

El elegante caballero se alejaba con lánguidos pasos largos. Más cerca la judía, con una valija en cada mano, miraba a Manolo sin sonreír.

Balbuceando una excusa, sintiendo que de golpe estaba más sólo en el mundo que un hombre solo en una isla, Manolo corrió a buscar a su madre y a su hermana. Las encontró en el andén tres. También ellas lo buscaban.

-¿Dónde te habías metido? –preguntó la Señora Mayor.

-Por ahí.

Ya su madre y su hermana habían subido al tren, ya Manolo se había agarrado de los dos pasamanos de la plataforma y también subía cuando se acordó: había dejado el maletín personal debajo del banco de madera. En el maletín había libros, el cepillo de dientes, un grueso cuaderno de hojas blancas, vírgenes todavía, que pensaba utilizar para hacer anotaciones. Hasta un título había pensado, sintiéndose original: “Impresiones de un viaje por el Viejo Mundo”. Desesperado, no por los libros ni por el cepillo de dientes (y tampoco por otras mínimas pertenencias: un amuleto –una moneda- que le había regalado un tío ya muerto y un encendedor de oro que había sido de su padre y que nunca había usado ni usaría –creía-, porque no fumaba) ni por el maletín en sí sino por el cuaderno (El Cuaderno, porque Manolo lo pensaba en mayúsculas: un cuaderno corriente, de tapas duras, que habría podido comprar en cualquier lugar de cualquier ciudad del mundo pero que ahora, de repente, era irremplazable, no por nada que hubiera en él, que no había nada, sino justo por todo lo que no había y que Manolo, cuando pasaba una a una las hojas en blanco, soñaba para esas hojas en blanco: no para otras), se detuvo en la plataforma y se volvió. Desde el andén la muchacha judía le sonreía.

-Te habías olvidado esto –dijo la judía.

Tenía el maletín en la mano. Manolo agarró el maletín cuando con una sonrisa la judía se lo estiró y sin dar las gracias se dio vuelta y empezó a andar a grandes pasos por el pasillo del vagón.

3)

En Madrid los esperaba un lejano conocido de la Señora Mayor, un viejo compañero del juez Odúber Téllez en las rondas de caña y grappa del “Café del Comercio”.

Manolo no conocía al que los esperaba.

Leonor lo había conocido de muy niña y sólo se acordaba de él muy vagamente, o tal vez inventaba acordarse: decía haberlo visto una vez por lo menos en el “Café del Comercio”: una vez -decía, insistía- que su padre –el juez Odúber Téllez- la había llevado a regalarle maníes y caramelos.

La Señora Mayor lo recordaba claramente aunque no lo había visto más de tres veces. El hombre era gallego y comerciante. Se había hecho rico en Montevideo vendiendo licores de importación y golosinas de contrabando en los cafés y los almacenes. El juez Odúber Téllez –recordaba la vieja, decía,- lo había condenado una vez por una leve estafa y después se habían hecho amigos. El comerciante gallego iba tres veces a la semana al “Café del Comercio” a vender sus licores y golosinas. El café quedaba frente a la Corte Suprema de Justicia. Diez años (desde el terrible juicio a los gemelos Amengual hasta la locura definitiva) el juez Odúber Téllez hacía sido ministro del Tribunal de Segunda Instancia de Apelaciones en lo Penal en la Corte de Justicia. Todas las tardes, al salir de aquel edificio ya enton-

ces gris y vetusto donde la locura incurable lo atacaría, sin saber que en el alma ya estaba loco y que no había remedio, el juez Odúber Téllez pasaba dos horas largas en el “Café del Comercio”, donde alternaba de amigo a amigo con reos en libertad bajo palabra, acusados sin condena todavía, abogados corruptos y vendedores de chucherías y gitanas decidoras de la suerte y con callados borrachos y sigilosos punguistas y bebía sus tres, a veces cuatro cañas con pitanga. Fue así que trabó amistad con el comerciante gallego, meses después de la condena. Entonces el gallego se llamaba, nada más, Jesús Alerce. Tenía tarjetas que decían:

JESÚS ALERCE

Importación

La Señora Mayor produjo una tarjeta de aquellas de dentro de su cartera y la mostró. La tarjeta estaba doblada en los bordes y olía a la lavanda que la Señora Mayor llevaba en la cartera, en sobres de semillas.

-Era un hombre fino y educado –dijo la Señora Mayor-. Siempre iba impecablemente vestido.

-Me acuerdo –dijo Leonor, empeñada en recordar-. Tenía pelo oscuro y bigotes.

-Era rubio –dijo la Señora Mayor-. Y nunca le vi bigotes.

-No importa –dijo Leonor-. Me acuerdo.

Antes de volver a su país –recordaba la Señora Mayor, murmuraba- Jesús Alerce había ido a la casa del juez a rendirle sus respetos. Todavía faltaba un tiempo para la locura aunque ya había síntomas inquietantes: el juez ya sufría la manía del microbio y hacía hervir los cubiertos antes de comer.

-Nos regaló varias botellas de whisky –dijo la Señora Mayor-. Decenas de tabletas de chocolate y grandes bolsas de tela con caramelos.

-Me acuerdo –dijo Leonor.

Miró fríamente a Manolo. Sentada junto a Leonor la muchacha judía miraba a Manolo con su pálida mirada.

-Yo me comí todos los caramelos –dijo Leonor-. Todo el chocolate.

Iban en el tren. Manolo miraba ahora, afuera, por la ventana. Veía a Leonor reflejada en el cristal y adivinaba un brillo triunfal en sus ojos.

-Vos todavía no habías nacido –dijo Leonor.

La Señora Mayor hizo un ruido seco con los dientes postizos. Leonor la miró. La muchacha judía apartó brevemente sus ojos de Manolo y sonrió.

-Si Jesús Alerce no se ha muerto nos estará esperando en la estación –dijo la Señora Mayor-. Siempre fue todo un caballero.

Leonor estaba tensa. Parecía más frágil, casi mujer a causa de la tensión.

-Tal vez no sepa que llegamos –dijo.

Era como si esa posibilidad le causara espanto.

–Es posible que no haya recibido tu carta –dijo-. En todos estos años pudo haberse mudado.

-No dejó sólo una dirección –dijo la señora Mayor-. Dejó más de veinte. A todas le escribí. Siempre la misma carta.

Don Jesús Alerce los esperaba en la estación. Ahora había agregado otro apellido a su apellido, con conjunción en el medio. Se llamaba don Jesús Alerce y Gómiz.

Lo dijo al presentarse, con una seca reverencia.

-Jesús Alerce y Gómiz, señoras. Para servir las.

Besó en la mano a las tres mujeres y a Manolo le dio un fuerte apretón.

-Terrible lo de su marido, señora –don Jesús Alerce y Gómiz sacudió la apesadumbrada melena-. Terrible.

-Una desgracia, de veras –dijo la Señora Mayor.

“Como si hubiera pasado ayer”, pensó Manolo: veinte años habían pasado: su vida entera.

Don Jesús Alerce y Gómiz sonrió benevolente. La voz neutra de la Señora Mayor demostraba más cansancio que emoción en el recuerdo.

-El tiempo todo lo cura –dijo don Jesús Alerce y Gómiz-. Fiel amigo. Y cruel enemigo.

La Señora Mayor enarcó las cejas.

-Han pasado tantas cosas-dijo don Jesús Alerce y Gómiz.

Andaban los cinco por el andén, la judía y Leonor adelante. Cada pocos pasos Leonor volvía la cabeza y miraba con toda la ternura de sus dudosos recuerdos a don Jesús Alerce y Gómiz.

-Desgraciadamente no puedo daros la bienvenida que merecéis –dijo don Jesús Alerce y Gómiz-. No tengo dinero.

La Señora Mayor enarcó de nuevo las cejas.

-Soy pobre-dijo don Jesús Alerce y Gómiz.

Separó los brazos.

-Ah, cuántas cosas han pasado.

Hablaba con entusiasmo impostado.

-Sueño con regresar a Montevideo, vivir de nuevo el viejo tiempo imposible. Y volveré algún día, os lo aseguro.

(Los sueños de don Jesús Alerce y Gómiz se frustraron de la peor manera: al año siguiente estalló la Guerra civil y él se alistó en las tropas republicanas. Alcanzó el grado de capitán y participó en la defensa de Madrid. Murió en la cárcel en febrero de 1942.)

Después de contar entre risas la historia, tal vez postiza (o por lo menos muy adornada: porque todo él parecía postizo o un gran adorno, como si otro hombre más sabio y más artero estuviera dentro de su cuerpo y ma-

nejara la secreta máquina que daba aliento y vida a aquel gran monigote), de sus infortunios, don Jesús Alerce y Gómiz prometió:

-Mañana os llevaré a ver los toros.

Los Téllez ya se habían instalado en el hotel y en aquel momento bebían una copa con don Jesús Alerce y Gómiz en un café del centro. La judía se había separado de ellos en la estación y don Jesús Alerce y Gómiz la había besado fugaz en la mano.

-Guapa cría –había comentado.

Ya la judía había subido a su taxi.

-Es judía –había dicho Leonor. Parecía molesta.

-Eso no es un pecado, por Dios –había dicho don Jesús Alerce y Gómiz.

Miraba alternativamente a la Señora Mayor y a Leonor.

-¿O sí? –había preguntado.

-Yo no tengo nada contra los judíos –había dicho Leonor.

Se mordía el labio de abajo.

Manolo ahora bebía horchata y miraba a Leonor. Había pedido horchata porque el nombre le había llamado la atención. No sabía lo que era. No bien la probó sintió náuseas y dejó el vaso intacto en la mesa. Lo hacía girar lentamente entre los dedos.

Antes, don Jesús Alerce y Gómiz había insistido:

-Vamos, hombre. Bébete una copa. Un anisito no hace mal a nadie.

Manolo se había negado. Don Jesús Alerce y Gómiz no había necesitado insistir con Leonor.

-Tú si beberás conmigo un anisito, ¿eh?

-Claro –había dicho Leonor.

Con el vaso diminuto en las dos manos Leonor sonreía para don Jesús Alerce y Gómiz por encima del borde.

Con un brillo burlón en los ojos don Jesús Alerce y Gómiz miraba a Manolo, le preguntaba:

-¿Y? ¿Qué tal la horchata?

-Fantástica –decía Manolo.

Algo hablaron en susurros don Jesús Alerce y Gómiz y Leonor cuando la Señora se levantó de la mesa para mojarse la cara: un único sorbo de anís (del vaso de Leonor) le había sentado fatal.

Al despedirse don Jesús Alerce y Gómiz dijo:

-No lo olvidéis. Mañana os pasaré a buscar para ir a los toros. Veréis en acción al gran Chicuelo.

Con el vaso de horchata girando entre los dedos Manolo tuvo que esperar que a la Señora Mayor se le pasaran las palpitaciones: el único sorbo de anís le había revolucionado la sangre: estaba pálida y temblorosa. Leonor había vuelto al hotel minutos después de la marcha de don Jesús Alerce y Gómiz y ahora Manolo se sentía vacía y solo.

Después de un largo suspiro, la Señora Mayor empezó a incorporarse.

-Vamos –dijo.

En el lento camino de regreso al hotel (cada diez metros su madre decía: “No tan rápido, Manolo, por favor. Que me sofoco”) la muchacha judía se cruzó con ellos.

Manolo iba pálido como la muerte y más pálida aún su madre. Andando a pasos cortos y agarrados del brazo parecían convalecientes gozando de los meandros del soleado laberinto del jardín de un hospital. La muchacha judía pasó de largo después de saludarlos. Marchaba a paso ágil y sacudía las caderas con rígida sincronía de virtuosa recatada. Tras unos pasos se detuvo (Manolo la sintió, la adivinó), se dio vuelta y se acercó. Manolo la sintió venir.

-¿Necesitan ayuda?

Manolo movió la cabeza a los costados.

Los ojos de la muchacha judía lo miraban, solemnes y claros.

-¿En qué hotel están? –preguntó la muchacha judía.

Manolo apenas pudo balbucir:

-En uno. Aquí cerca.

Señalar vagamente hacia delante.

-¿"El Princesa"? –preguntó la muchacha judía.

Manolo asintió.

-¡Qué casualidad! –dijo la muchacha judía.

Se pasó la lengua por los labios y se fue. Manolo pensó: "Parece una gata a punto de devorar un gorrión."

Antes de irse, la muchacha judía dijo:

-Adiós, señora.

-Simpática chica –dijo la Señora Mayor-. Lástima que sea judía.

"Siniestra genealogía la que cargo a mis espaldas."

Ésas fueron las primeras palabras que Manolo Téllez escribió en El Cuaderno.

Era de noche en Madrid y había silencio. Prisionero de un miedo difuso, Manolo Téllez estaba tirado en una cama de su habitación de hotel. Esperaba escuchar cualquier ruido externo, un solo aliento de vida ajena a él que lo sacara del sopor ensimismado de su miedo.

Fue la alta de ese sonido cualquiera, de ese esperado signo de vida exterior lo que hizo que Manolo se levantara de la cama y sacara El Cuaderno del maletín de mano y lo abriera por la primera hoja en blanco. Y en aquella hoja escribiera.

Después de escribir la primera frase, Manolo volvió a tumbarse cara al techo en la cama, algo aliviado del miedo indescifrable. Ya escuchaba los sonidos de la noche del mundo –pasos escuálidos en el pasillo, el repetido

gong de un reloj lejano, el tránsito en la calle cuarenta metros abajo, el murmullo opaco de la vida anónima que seguía y de nuevo lo mezclaba- y ahora pensaba, perfeccionando palabras que más tarde escribiría con diminuta letra avariciosa en El Cuaderno: “Mi padre, al que no conocí, murió loco una noche de tormenta. Minutos antes, sin saber lo que hacía, me había engendrado. Soy el hijo de un fantasma.”

También eso escribiría aquella noche, cuando el silencio volviera. No bien se apagarán lentamente los sonidos de fuera lo escribiría, en la tibia soledad del principio del verano.

El miedo –que Manolo diagnosticaba como la primera señal discernible de su locura- había venido unas horas antes y tenía una causa: la muchacha judía había despertado generaciones de locura adormecidas en los genes de Manolo. Eso creía Manolo en la alta noche. Pensaba que como todos los Téllez que el tiempo ya había prescrito él también estaba condenado a morir loco. Como su padre había muerto loco. Y su abuelo paterno. Y el bisabuelo paterno, el coronel de la Guerra Grande, que había llevado su mismo nombre.

(Manolo hubiera querido empezar El Cuaderno con una dramática descripción del mar. En el barco Manolo había salido a cubierta una noche de tormenta para observar el mar embravecido y grabarse en la retina los poderosos embates de las olas. Empapado, colgado de la baranda y vomitando hacia fuera lo encontró un oficial y lo llevó a su camarote. Cubierto por varias mantas, en la inquieta penumbra de la noche de tormenta, Manolo había pensado una frase para empezar El Cuaderno: “Las manos de agua espumarajeante agarran el barco y lo cambian de sitio, como si fuera un adorno para el mar inmenso que las manos del mar loco no supieran dónde poner.” Pero nunca había escrito esa frase.)

Manolo había bajado solo a comer. Su madre seguía sofocada y se había negado a bajar. Leonor, misteriosa, se había marchado sin decir dónde. Se había bañado y arreglado y perfumando. Su cuerpo olía a viejos jazmines marchitos y sus ropas anticuadas mezclaban en el olor a jazmines el olor penetrante de la naftalina. Leonor se miraba tarareando en el espejo y caminaba torpe y vaporosa de una pared a otra de la pieza que compartía con su madre. Leonor estaba dichosa. Tenía las mejillas arreboladas.

-¿Así que con secretos, eh? –preguntó la Señora Mayor-. A tu vieja madre.

Leonor trató de refrenar una nerviosa risa de vaca pero no lo consiguió.

-Donde sigas riéndote así –dijo Manolo- por más perfume que te echas y por mucho que te bañes...

Leonor lo miró ofendida, besó a la Señora Mayor en la frente y se fue. Desde la puerta dijo:

-No se preocupe, madre. Nada me va a pasar que no me haya ya pasado.

La Señora Mayor estaba echada en la cama y tenía un libro abierto en las manos.

Leonor ya había cerrado la puerta tras ella. La Señora Mayor alzó entonces la vista del libro.

-Un hombre –dijo.

Manolo Téllez se encogió de hombros. Dudaba. No creía que hombre alguno pudiera interesarse por su hermana.

Voy al comedor –dijo-. Tengo hambre.

Fue en el comedor donde le sobrevino el miedo, aunque al principio Manolo no se dio cuenta de qué se trataba.

La muchacha judía estaba sentada sola a una mesa y lo miraba sin parpadear. Con el mentón apoyado en los dedos enlazados lo miró avanzar entre las mesas y sentarse.

Con cautela Manolo desplegó la servilleta y se la colocó en las rodillas. Confundía aún el miedo con la rabia. “Me persigue”, pensó. Ya no tenía hambre. Inclino la cara hacia la sopa humeante y levanto la cuchara. “Mierda”, pensó. Sentía los ojos de la judía, húmedos y mansos, que lo miraban como si no lo miraran. Manolo tiró la servilleta sobre la mesa, apartó la silla con ruido y se fue. Taconeaba al irse: varias caras se volvieron a mirarlo.

De vuelta en su habitación, Manolo comprendió que lo que sentía no era rabia sino algo más hondo y puro: el miedo. Resignado pensó: “Yo también voy a terminar loco, estoy condenado.” Se tumbó en la cama y con el silencio se levantó y escribió y volvió a tumbarse y volvió a levantarse al volver el silencio y de nuevo escribió.

Antes de dormirse (o antes, por lo menos, de desnudarse y meterse en cama, porque era probable el insomnio) Manolo escribió en El cuaderno una vez más:

“No sé si es Europa, pero siento que voy cambiando. De fuera adentro. Como si el aire... ¿O la judía? ¿Por qué me mira así la judía?”

La lidia fue un verdadero suplicio para Manolo. Al tercer toro estoqueado sentía como si a él ya le hubiera atravesado tres veces el lomo con una espada. No había caso: Manolo siempre se ponía de parte del más débil. Aunque no —y lo sabía— por grandeza de espíritu o afán de justicia. Sencillamente porque era cobarde y se sentía pequeño y miserable y pensaba: “Ése podría ser yo, eso me podría pasar a mí.” En aquel caso comprendía que, a pesar de la potencia y la cornamenta, el más débil era el toro.

La judía estaba sentada al lado de Manolo. La Señora Mayor no se había re-
puesto todavía del sofoco y le había cedido su entrada a la judía. En la puer-
ta del hotel, ya vestido para salir. Manolo había visto a la judía hablar con
su hermana.

-Esther viene con nosotros –dijo Leonor-. Madre sigue mal y se niega
a bajar. Le ha dado su entrada a Esther.

Don Jesús Alerce y Gómiz también estaba allí. Se había vestido para
la ocasión, con un traje de hilo blanco y un gran sombrero flexible de color
blanco: la inmaculada blancura, tal vez por contraste, le daba un aspecto si-
niestro. Manolo pensó que parecía un pistolero en vacaciones (“si es que los
pistoleros se toman vacaciones”, pensó) o quizás el jefe de alguna organiza-
ción secreta que quería, y no podía, pasar inadvertido. Don Jesús Alerce y
Gómiz había comprado una caja de puros y le ofreció uno a Manolo.

-No fumo –dijo Manolo.

-En los toros todo el mundo fuma –dijo don Jesús alerce y Gómiz.
Parecía perplejo.

-Yo no –dijo Manolo.

En el tendido, don Jesús Alerce y Gómiz se sentó entre Manolo y
Leonor. Con voz experta comentaba cada adorno, cada lance de la corrida.
En el cuarto toro –el segundo de Chicuelo-, en el momento en que el torero
iba a entrar a matar Manolo desvió la vista. Sintió un enorme grito aterrador
alrededor y no se atrevió a volver la vista al ruedo.

Vio que Leonor se tapaba la boca con una mano y con la otra agarraba
la mano libre de don Jesús Alerce y Gómiz. Sintió que una mano de la mu-
chacha judía se aferraba a una de sus manos. Escuchó, vio y sintió todo a la
vez.

La muchacha judía se inclinaba hacia él.

-¡Ay qué horror! –exclamaba-. ¿Has visto?

En su voz temblaba la emoción.

Manolo vio el espanto fascinado en los ojos de la muchacha judía y asintió. Pensaba: “He aquí la explicación del misterio. Los coloretes, el perfume, las ropas que la pobre cree elegantes”: Leonor seguía agarrada a la mano de don Jesús Alerce y Gómiz. La mano de la muchacha judía seguía en la mano de Manolo.

Ahora había silencio.

Don Jesús Alerce y Gómiz se acomodaba de nuevo en el asiento. Mordisqueaba el puro todavía pero ahora se había echado atrás y suspiraba con alivio.

-No ha sido nada –decía.

Manolo retiró su mano de la mano de la judía y miró hacia la arena. Cojeando, Chicuelo recogía la muleta. El toro se revolvía en medio de una rueda de peones. El estoque sobresalía un palmo del morro del animal.

-Pudo haber sido peor –decía don Jesús Alerce y Gómiz.

Miraba a Manolo.

-Pero hay toreros que tienen a Dios de su parte –decía.

Manolo asintió. El toro ya había caído sobre sus patas delantera y el gran Chicuelo lo miraba morir. A Manolo le pareció de inútil crueldad la actitud del torero.

Don Jesús Alerce y Gómiz se había vuelto hacia Leonor y le pasaba el brazo en torno al cuerpo.

-¿Qué te decía yo anoche? –decía-. Los toros son el espectáculo más fascinante del mundo.

Leonor rió quedamente. Hacía supremos esfuerzo por contener, o al menos mitigar, su risa de vaca y casi lo conseguía. Manolo apartó la vista. “Podría ser su padre”, pensó. Sin embargo no se sentía molesto.

A la salida, la muchacha judía preguntó:

-¿Qué te ha parecido?

-Muy bonito –dijo Manolo.

-¿Vas al hotel?

-No.

Manolo no miraba a la judía. Miraba a Leonor y a don Jesús Alerce y Gómiz, que se alejaban entre el gentío. Más gente iba con ellos: todos hombres. Leonor movía feliz la cabeza entre los hombres y andaba a paso lento. Sus caderas se balanceaban con torpeza. Leonor no tenía práctica ninguna.

Antes de separarse Leonor había dicho:

-Manolo, decíle a madre que no me espere a comer esta noche –su cara angulosa luchaba entre la alegría desbordante y el recato-. Tengo un compromiso.

Manolo miró por un instante a su hermana que se iba y luego empezó a andar en dirección contraria. Sentía que la muchacha judía lo miraba alejarse con sus grandes ojos mojados que nunca parpadeaban.

Don Jesús Alerce y Gómiz acompañó a la familia hasta Valencia. Apareció muy temprano por el hotel, con paquetitos envueltos en cintas de colores en las manos.

Los Téllez desayunaban cuando llegó don Jesús Alerce y Gómiz. La Señora Mayor, en contra de los preceptos de buena educación que le habían sido inculcados por sus mayores y que ella a su vez había inculcado en sus hijos, leía en la mesa. Hacía que leía: sus ojos subrepticios observaban a Leonor por encima del borde del libro.

Leonor había vuelto tarde por la noche y traía aliento a alcohol. La Señora Mayor y Manolo jugaban al ajedrez cuando Leonor entró. La Señora Mayor, como toda mujer, era una pésima jugadora y Manolo se aburría. Se veía obligado a jugar por los dos.

-Esa torre no, madre –decía-. Mejor el alfil. Ahí.

Señalaba.

Obediente, la Señora Mayor hacía lo que su hijo le decía:

Manolo sintió que Leonor entraba pero no la miró. La Señora Mayor tampoco alzó la vista del tablero. Hubo un largo minuto de silencio. Manolo movió una pieza.

-Mate –dijo.

Era el cuarto mate seguido.

La Señora Mayor suspiró y miró a Leonor.

-¿Has comido? –preguntó.

-Le mandé decir que no me esperara, madre –dijo Leonor.

-No te estaba esperando –dijo la Señora Mayor-. Sólo jugaba al ajedrez con Manolo.

-Ya veo –dijo Leonor.

Se acercó y besó a la Señora Mayor en la frente.

-Has bebido –dijo la Señora Mayor.

-Coñac –dijo Leonor.

Su mentón prepotente apuntaba a la distancia tras la ventana, entre Manolo y la Señora Mayor.

-¿Dónde has estado? –preguntó la Señora Mayor.

-Por ahí –dijo Leonor.

Miró a Manolo como desafiándolo a hablar.

-Bien acompañada –dijo.

Durante el desayuno Leonor estuvo nerviosa. Bebió tres tazas de café negro y no quiso comer nada. La Señora Mayor la observaba con remota preocupación. Manolo miraba la mirada de su madre y entendía: “La pobre no sabe si alarmarse o reír”, pensaba.

-¿De veras no vas a comer nada? –dijo la Señora Mayor.

Leonor sacudió la cabeza a los lados.

-Ahí viene don Jesús –dijo Manolo.

Leonor miró el mantel. Su cara de golpe se había puesto roja.

-Para usted –dijo don Jesús Alerce y Gómiz.

Colocó otro paquete en la mesa, delante de Leonor.

-Gracias –dijo la Señora Mayor.

Leonor no levantó la vista. El rojo de su cara empalidecía ya.

-¿Y la otra chica?

Don Jesús Alerce y Gómiz blandió el tercer paquete.

-No la hemos visto hoy –dijo la Señora Mayor.

-¿Permitís? –preguntó don Jesús Alerce y Gómiz.

Separó la cuarta silla de la mesa y se sentó.

-He decidido acompañaros a Valencia –dijo-. Si no ponéis objeción.

-Al contrario –dijo la Señora Mayor.

Los dedos nerviosos de Leonor se enredaban en las cintas de colores del paquete que tenía delante.

-He mentado a mi esposa –dijo don Jesús Alerce y Gómiz-. Le he dicho que tenía que viajar por negocios.

Leonor alzó por fin la vista. Su mirada absorta recorrió lenta el salón y se quebró al llegar a los ojos alegres de don Jesús Alerce y Gómiz.

-¡Vamos! –dijo la Señora Mayor.

Con innecesaria violencia cerró el libro y se puso de pie.

-Tenemos que preparar las maletas –repuso.

Manolo empezó a incorporarse.

-Tú quédate con don Jesús –dijo la Señora Mayor-. A hacerle compañía.

Leonor ya estaba de pie. Miraba el paquete que don Jesús Alerce y Gómiz le había dado.

-Anda, cógelo –dijo don Jesús Alerce y Gómiz-. Es tuyo.

Leonor agarró el paquete enganchando un dedo en la moña de las cintas de colores y se fue. La Señora Mayor iba unos pasos delante.

-No sabía que usted era casado –dijo Manolo.

-Lo soy –dijo don Jesús Alerce y Gómiz-. Por desgracia.

Rió.

Manolo se sentía fuera de lugar.

-Me gustan demasiado las mujeres –dijo don Jesús Alerce y Gómiz.

Su mirada había cambiado: había como un velo de empecinada arrogancia en sus ojos.

-Demasiado –dijo.

Por un momento estuvo en otro sitio, tal vez luchando con turbios recuerdos y desechando frustradas ilusiones. Al fijar otra vez su vista en Manolo, don Jesús Alerce y Gómiz de nuevo sonreía.

-¿Y tú? –dijo-. Esa chica, ¿cómo se llama? La chica judía.

Confabulado en el pecado, como si los dos fueran viejos compinches de impronunciables vicios secretos, don Jesús Alerce y Gómiz le guiñó un ojo a Manolo.

-¿Ya te la has llevado al huerto? –preguntó.

Manolo no comprendió en seguida. Cuando se dio cuenta sintió rabia.

-No sé de qué me habla –dijo.

-Trátame de tú, hermano –dijo don Jesús Alerce y Gómiz-. No soy tan viejo.

-Podría ser mi padre –dijo Manolo-. El padre de Leonor.

-Oh, es eso –dijo don Jesús Alerce y Gómiz.

Su boca se contorsionó en una risa muerta contra los dientes.

-¿Qué edad tienes? –preguntó.

-Veinte años.

-A los veinte años no se puede pensar de esa manera –don Jesús Alerce y Gómiz se había puesto serio: sólo sus ojos pequeños y malignos parecían burlarse-. ¿Qué dejas, si no, para cuando tengas cuarenta?

Manolo pensó: “Tal vez tenga razón, este mamarracho. Después de todo a mi qué me importa.”

En su habitación, con la maleta ya hecha, Manolo abrió El Cuaderno y escribió: “Me ha dicho Jesús Alerce que a los veinte años no puedo pensar como pienso. Quizá sea verdad. ¿Qué me tiene que importar a mí mi hermana? Algún día me tendré que decidir y empezar a vivir mi vida. Me gustaría saber como sabe el alcohol. Cómo huele una mujer después del amor.”

Metió El Cuaderno en el maletín de mano y con el maletín en una mano y la maleta en la otra salió.

Pensaba : “De veras. Algún día me decidiré.”

4)

Don Jesús Alerce y Gómiz conocía de memoria todas las estaciones del recorrido entre Madrid y Valencia y las anunciaba antes de llegar, solemne y sonoro, como con algo de augur o profeta: como si en cambio de decir meros nombres de ciudades o pueblos del camino anunciara catástrofes o bienaventuranzas: siempre con la misma voz retórica de mal actor de radio.

A don Jesús Alerce y Gómiz le gustaba dramatizar: miraba con detenimiento la campiña por la ventana, olisqueaba el aire enrarecido del compartimiento como si el olor siempre igual cambiara sutilmente (sólo para él)

ante la proximidad de cada estación, entrecerraba los ojos con el mentón hacia delante y movía la boca en un silencioso cálculo que tenía algo de misterio y de secreto. Después, con una sonrisa satisfecha, sacaba el reloj de oro del bolsillo del chaleco, lo abría con un sonido seco y apartándolo toda la distancia del brazo de sus ojos prébicos –pequeños y perversos, de color- anunciaba:

-En tres minutos llegaremos a Albacete.

No fallaba.

Antes de cada parada, cuando el tren ya empezaba aminorar la marcha a sacudones, don Jesús Alerce y Gómiz se ponía de pie y salía al pasillo. Cuando el tren se detenía bajaba al andén. En cada estación la Señora Mayor, Leonor y Manolo lo vieron, lo verían siempre igual, como un simulacro de sí mismo:

Como si repitiera una cansadora escena de comedia: como si cumpliera un ritual obligado e incambiable: como si fuera, pensaba Manolo, un agente del contraespionaje que daba o recibía alguna orden o un espía que recababa información –siempre la misma orden, siempre la misma información:

Don Jesús Alerce y Gómiz avanzaba a paso ágil por el andén y platicaba un minuto con el jefe de estación.

A través de la ventana del compartimiento, sin oír, Manolo, su madre, su hermana veían a los dos hombres reír: siempre don Jesús Alerce y Gómiz de espaldas a los que lo miraban y el Jefe de Estación, los jefes, hombres igualados todos por los años, todos iguales de golpear la campana de llegada y levantar la bandera roja de salida, de frente: cada vez don Jesús Alerce y Gómiz desvergonzado y ganador delante del uniforme azul: el mismo uniforme, el mismo hierro en la mano que igualaba hasta hacer un solo repetido a todos sus interlocutores: en todo el viaje.

“Seguro que a todos les cuenta el mismo cuento”, pensaba Manolo.
-Jesús es muy popular –dijo Leonor una vez.

La Señora Mayor, aquejada de fatiga, estuvo todo el viaje echada en uno de los sillones. El otro lo compartían Leonor, don Jesús Alerce y Gómiz y Manolo. Sentado junto al pasillo Manolo se aburría. En lucha con grandes dudas había elegido no decir nada a su madre de lo que pasaba (o había pasado o podía pasar) entre Leonor y el arruinado comerciante gallego. A pesar de su poca experiencia de la vida, Manolo tenía ideas prácticas: tal vez las tenía justo por eso. “Después de todo pobre Leonor – pensaba-. Que disfrute. No creo que encuentre otro en la vida.”

Sin embargo, Leonor no parecía disfrutar. Nerviosa, se sonrojaba por todo. Murmuraba torpes frases cortas de disculpa, como si todo el tiempo necesitara disculparse de ni ella sabía qué.

Tal vez como recuerdo de vejas épocas de esplendor don Jesús Alerce y Gómiz se había llenado los bolsillos con bolsas de caramelos (y tabletas de chocolate) para el viaje. Leonor chupaba caramelos (comía chocolate) con una constancia casi desbocada. En el aire cerrado del compartimiento alentaba el tibio aroma del anís y del mentol (el regusto espeso y azucarado del chocolate).

-Gran hombre fue vuestro padre –dijo una vez don Jesús Alerce y Gómiz-. Su marido, señora.

Don Jesús Alerce y Gómiz miró a la Señora Mayor con respeto: solemne y gris papada le colgaba como la de un gran pelícano. Sin saber por qué Manolo pensó: “Parece un jesuita”.

Leonor chupó concienzuda el caramelo unos segundos. Su voz sonó tenue y triste, tal vez por primera vez sincera en muchos días.

-Por las noches el viejo loco gritaba y me hacía llorar –dijo-. Le tenía miedo. Fue un alivio cuando se murió.

La Señora Mayor aprobó con un lento golpe de cabeza.

-Pobre Odúber –dijo-. La suya fue una vida terrible. Todos esos años atado a la cama, sin más compañía que su propia locura.

Los astutos ojos azules de don Jesús Alerce y Gómiz miraban inquietos la ventana, el techo, el suelo.

-Fue un gran hombre –insistió.

-Ya lo creo –dijo la Señora Mayor.

(Parecía adormilada en un incierto pasado.)

Don Jesús Alerce y Gómiz ya sacaba el reloj del bolsillo del chaleco (antes había mirado, y olisqueado, y murmurado entrecerrando los ojos), lo destapaba con el pulgar, estiraba el brazo y anticipaba:

-En dos minutos y medio entraremos en Requena.

En ese momento Manolo salió al pasillo. Antes de abrir la ventana para asomarse miró a los dos lados. Tres ventanas más allá la muchacha judía admiraba el paisaje. Había bajado el vidrio de la ventana y el viento le daba en la cara. Cuando volvió la cabeza para mirar a Manolo, sus ojos, por primera vez, parecían secos. Era como si el viento les hubiera arrebatado las lágrimas. Manolo saludó con un breve cabezazo y se marchó por el pasillo en dirección opuesta. Se metió en el diminuto cuarto de baño y pasó allí una hora entera. No se atrevía a salir.

En el hotel (antes de partir a la estación), en la estación (mientras aguardaba el tren) había buscado Manolo a la muchacha judía sin encontrarla. La ausencia de la muchacha judía lo había dejado entre perplejo y angustiado. “Ya casi empezaba a acostumbrarme a ella”, había pensado. Al partir el tren Manolo había sentido un alivio vacilante. Ahora, encerrado en el retrete, sentía que el alivio se trocaba en desesperación y la desesperación en miedo. “me va a volver loco –pensaba-, me persigue.”

Al salir del retrete no vio a la muchacha judía en el pasillo. Con omí-nosa cautela regresó al compartimiento. La muchacha judía estaba allí, sen-tada donde antes se había sentado él.

-Ay, disculpa –dijo la muchacha judía-

Empezó a levantarse.

-Está bien –dijo Manolo-. Quédate.

Le dio la espalda a la judía, fue a la ventana del pasillo y empezó a mirar afuera. Sabía que los ojos de la judía estaban fijos en él. Por eso, en seguida se apartó tres ventanas más lejos (no hacia el lado donde antes ha-bía visto a la judía sino hacia el lado del retrete donde había estado encerra-do) y no volvió al compartimiento hasta que el tren se detuvo en Valencia.

Había macetas con plantas de hojas verdes grandes y gruesas en el vestíbulo del hotel. Manolo, al entrar, buscó la maceta más grande, la planta más robusta y recargada y se escondió detrás. Su madre, mientras, hablaba con el conserje.

Tres botones –tres muchachos vestido color índigo con gorras redon-das del mismo color en la cabeza y botones dorados en doble fila, a un lado y otro del índigo esternón, del cuello hasta la ingle- cargaron las maletas al vestíbulo.

Escondido detrás de las grandes hojas duras de la planta Manolo vio a Leonor pagar el taxi y dar propina a los botones. La vio mirar en busca alre-dedor.

Don Jesús Alerce y Gómiz estaba junto a Leonor. Desde detrás de la maceta con la planta, con la nariz asomada entre dos gruesas hojas brillosas, Manolo vio a don Jesús Alerce y Gómiz hablar. Don Jesús Alerce y Gómiz había agarrado con las manos por las manos a Leonor y la miraba a la cara. Leonor miraba a la cara a su vez a don Jesús Alerce y Gómiz. En la mirada quebrada y opaca de Leonor (entre las hojas Manolo veía la cara de Leonor:

a don Jesús Alerce y Gómiz lo veía de media espalda, de medio perfil) había una firmeza, una amargura que Manolo hasta hoy no le había visto. Don Jesús Alerce y Gómiz hablaba en un tenso susurro: Manolo lo veía sacudir la cabeza y lo sentía apretar con los dedos, hasta hacer dolor, en las manos de Leonor.

Oculto detrás de las grandes hojas verdes Manolo sintió pena y rabia por su hermana. La vio apartarse violentamente de don Jesús Alerce y Gómiz (arrancar sus manos de la presión de los dedos del hombre) y darle la espalda. Leonor cruzó los brazos sobre el pecho e irguió la frente. Desde sus ojos (los de Leonor) se veía una ventana en la altura y a través de la ventana un pedazo de cielo. Manolo sabía que los ojos de Leonor miraban cielo pero que nada de cielo veía Leonor. Mejor: que nada veía.

Cuando don Jesús Alerce y Gómiz se separó de Leonor, Manolo salió a su encuentro. Don Jesús Alerce y Gómiz cruzó el vestíbulo hasta el mostrador de la conserjería y casi con violencia agarró una mano de la Señora Mayor y la besó (la mano): la rozó con los labios. Manolo se cruzó con él. Se miraron. Don Jesús Alerce y Gómiz le hizo a Manolo una seca inclinación de cabeza y siguió hacia la puerta.

Con una ceja subida la Señora Mayor miraba intrigada al hombre que se iba. Después miró a Leonor. Ya Manolo estaba junto a ella (su madre).

-Pobrecita –dijo la Señora Mayor-. No entiende nada de hombres.

Leonor miraba la puerta por la que había salido, segundos antes, don Jesús Alerce y Gómiz.

-Déjenla –dijo la Señora Mayor-. Es capaz de cualquier locura.

Manolo fue hacia Leonor pero no tuvo tiempo de cumplir la orden de su madre.

Leonor gritó:

-¡Jesús!

Y salió corriendo hacia la puerta.

Manolo volvió junto a la Señora Mayor y madre e hijo de nuevo se miraron.

-Pobre tonta –dijo la Señora Mayor.

Manolo dijo:

-Está enamorada.

-¡Que va! –dijo la Señora Mayor-. Es sólo un capricho. Una hija mía no puede enamorarse de semejante payaso.

Manolo se había escondido detrás del gran gomero para que la muchacha judía no lo viera.

En la estación de ferrocarril el grupo se había separado en dos taxis. Leonor se fue con don Jesús Alerce y Gómiz y antes de tomar el taxi pasaron por el bar para tomar un aperitivo. Manolo acompañó a la Señora Mayor y a la muchacha judía. Viajó sentado junto al conductor, con las dos mujeres en el asiento de atrás.

-Ay, señora –decía la muchacha judía-. Europa es fascinante.

Al llegar al hotel Manolo había bajado a toda velocidad del taxi y había corrido al interior del hotel sin mirar atrás.

-Manolo –había llamado la Señora Mayor-. Tienes que pagar el viaje.

-Pagalo vos –hacía dicho Manolo.

Desde detrás de la maceta con la planta Manolo había espiado a la muchacha judía entrar. La había visto caminar desde la puerta al mostrador de la conserjería con los grandes ojos claros perdidos en el vacío.

Después llegaron Leonor y don Jesús Alerce y Gómiz y Manolo se olvidó por un rato de la judía. Ahora estaba con su madre en el vestíbulo y miraba alrededor.

-¿Y Esther? –preguntó.

-No sé –contestó la Señora Mayor.

Se agarró de un brazo de Manolo como si fuera a caerse. Su cara muy blanca caía en ángulos blandos: la piel parecía ya vencida sin remedio.

-Subamos –dijo la Señora Mayor.

Manolo se despidió de la Señora Mayor en el pasillo del tercer piso y se metió en su pieza. Se bañó, se afeitó y se vistió con sus ropas más ligeras. Después fue sigiloso hasta la puerta de la pieza de su madre y escuchó con la oreja pegada a la madera. Había silencio. Manolo golpeó y entró.

La Señora Mayor dormía. Manolo se puso a mirar la calle bañada en sol por la ventana. Había decidido encerrarse y no salir hasta el día siguiente, cuando ya fuera la hora de ir al puerto. “No quiero verla, no quiero que me vea: que me mire”, pensaba.

En una plaza de tierra frente al hotel unos niños jugaban. Con una sonrisa solidaria de la felicidad ajena Manolo los veía jugar. Ahora no se atrevía a volver a su pieza. “Puede aparecerse en cualquier momento, con la más absurda de las excusas”, pensaba- “Y estaríamos los dos solos”. Se sentía más seguro en compañía de su madre.

“Esta noche escribiré en El Cuaderno lo que me pasa”, había decidido. Creía que las palabras escritas, caviladas una a una, podrían tal vez servir como exorcismo, borrarle la obsesión y el miedo. Se identificaba, a la fuerza, con los niños que jugaban en la plaza, sólo que ellos estaban alegres y él se sentía triste. Con fruición pensó en la soledad y la desgracia: las suyas. “Soy el tipo más desgraciado y más solo del mundo”, pensó. Así empezaría a escribir hoy, con esas palabras. Ya tenía un título nuevo para El Cuaderno, con un adjetivo temporal o intemporal agregado entre paréntesis: “Impresiones (Imposibles) de un Viaje por el Viejo Mundo.”

Unos golpes en la puerta lo sobresaltaron. Temeroso fue a abrir: era la muchacha judía.

Manolo se hizo a un lado para que la muchacha judía entrara. Sus cuerpos se rozaron. La muchacha judía olía a limpio y a flores: jazmines. Frescos.

-Leonor ha estado a verme hace un momento –dijo la muchacha judía-. Me pidió que les dijera que no vendrá a dormir esta noche.

La Señora Mayor se había despertado y, sentada en la cama, se restregaba los ojos.

-¿Cómo que no va a venir? –preguntó.

-Ay, señora –dijo la judía-. Eso me dijo.

-Hubiera avisado antes –dijo la Señora Mayor-. Nos habría evitado pagar dos habitaciones.

La muchacha judía miraba a Manolo. En la cama, la Señora Mayor parecía disponerse a seguir con su sueño.

-Voy a ver la parte vieja de la ciudad –dijo la judía-. Ay, me han dicho que es hermosa. ¿Quieres venir?

-No –dijo Manolo.

-Ay, bueno –dijo la muchacha judía.

Se marchó.

-Leonor se ha vuelto loca –dijo Manolo.

-Hace bien –dijo la Señora Mayor-. Déjala que disfrute.

Bostezó. En un minuto estaba de nuevo dormida. “Tal vez estuvo fingiendo todo el tiempo”, pensó Manolo, con cierto terror.

Leonor volvió al día siguiente, poco antes del almuerzo. Don Jesús Alerce y Gómiz no estaba con ella.

-Jesús no pudo venir –dijo Leonor-. Tuvo que regresar a Madrid. Manda muchos saludos para todos.

La Señora Mayor agradeció con un cabeceo distraído.

Después del postre Leonor pidió una copa de coñac y la acompañó con varios cigarrillos. Estaba cambiada.: Manolo la miraba mirar; Leonor miraba a la gente de otra manera. A los hombres.

“También a ésta le ha hecho daño Europa”, pensó Manolo.

En el barco, Leonor y la judía jugaron horas al ajedrez. Las dos eran pésimas jugadoras (peores todavía que la Señora Mayor) y se reían de sus propios errores. Leonor bebía coñac y de vez en cuando se levantaba y se acercaba a su madre.

-Madre –decía-. Déme un beso.

La Señora Mayor hacía crochet sentada en un sillón, con las piernas cubierta por una manta. Alzaba la cara hacia su hija y la besaba en la frente inclinada con sus labios secos.

La muchacha judía miraba a Manolo con sus grandes ojos húmedos que nunca parpadeaban. Manolo sentía la mirada y la odiaba. Se odiaba él mismo. “Tendría que levantarme y acercarme y decirle: ¿por qué mierda me mirás así? No me mires más.” Pero no se atrevía. De a ratos leía sentado en su sillón, de a ratos paseaba por la cubierta o se asomaba a la baranda para mirar el mar. Al volver al salón donde estaban las mujeres sentía de nuevo los ojos de la judía fijos en él.

En El Cuaderno, con los trazos sacudidos a causa del oleaje, Manolo escribió: “¿No será todo esto un enorme complot? ¿El mundo entero un infinito complot contra mí? Trato de imaginarme un enemigo loco y brutal, de terrible poder. El enemigo ha hecho su jugada, ha movido una pieza que hasta ahora tenía en reserva: la judía. Pronto me tocará jugar a mí. ¿O tal vez ya me ha dado el jaque mate y no lo sé? Igual tendría que probar una jugada. Alfil cinco peón rey. Qué sé yo. Hoy ella jugaba al ajedrez.”

Manolo relejó lo escrito y subrayó la palabra “ella”. Después salió de nuevo a cubierta.

La judía estaba allí. Y Leonor. Las dos miraban por la borda el horizonte.

-Ay, Leonor –dijo la judía-. Decíme que no es divino.

Leonor asintió con gesto grave.

Manolo miró a las dos mujeres un instante y siguió de largo. En el salón, la Señora Mayor lo llamó con un ademán.

Manolo se acercó.

-¿Dónde estuviste? –preguntó la Señora Mayor.

-En el camarote –dijo Manolo.

-Pensé que te había pasado algo –dijo la Señora Mayor-. Estaba preocupada.

No lo parecía.

-Tenía ganas de estar solo –dijo Manolo.

5)

En Mallorca Manolo encontró a la muchacha judía en la catedral. La muchacha judía no había ido con ellos al hotel, pero Manolo pensó que aparecería y tomó una decisión: huir.

La Señora Mayor, cansada del viaje, se encerró a dormir en su habitación. Antes de subir se acercó a Manolo y lo miró con los ojos poco amigos.

-Me voy a descansar. No quiero que nadie me moleste –dijo. Ni tú.

Manolo sonrió.

-Como quieras.

Con unos enormes lentes para sol (que más parecían un disfraz que una medida de protección para la vista) y un gran pañuelo blanco en la ca-

beza, Leonor se marchó en un coche alquilado a un pueblo cercano: Valldemosa.

-Allí vivieron Chopin y Darío –informó al partir.

“Como si alguna vez le hubiera interesado la música, a mi hermana, la poesía”, pensó Manolo.

Leonor había comprado en el hotel una botella de coñac, un vaso y varios atados de cigarrillos negros: los más fuertes. Lo había metido todo en una mochila y se había colgado la mochila de un hombro. Había besado en la cara a Manolo al despedirse. Un beso tenso y seco. “Sufre de amor”, pensó Manolo y, pensando en anotar la frase en El Cuaderno (tal vez oscuramente para confirmar sus dotes premonitorias), anticipó: “En pocos días llegará el derrumbe.”

Precipitado en la huida (la muchacha judía podía aparecer en cualquier momento y de nuevo había la posibilidad de estar solos los dos) Manolo olvidó llevarse El Cuaderno. “No El Cuaderno –pensaba con disgusto-, sino unas hojas en blanco nomás, para hacer apuntes.” Lo aterraba la idea de sacar El Cuaderno de la penumbra protectora de la habitación.

Lamentó no haber llevado consigo algo en qué anotar: Mallorca, extrañamente, le gustaba. Recorrió la ciudad hasta extenuarse. “Me gusta porque me parece que ya la conozco –pensó-. Es una especie de Montevideo insular, solo que más vieja, más señorial”. En el entusiasmo por pisar aquellas calles que le parecían viejas calles de su ciudad contra el mar, Manolo se olvidó del almuerzo. Cercano al atardecer los pies le dolían y sentía hambre. Sentado en un muro que de la altura daba al mar vio las agujas de la catedral gótica.

Hijo y nieto de ateos militantes y orgullosos (la vieja Gertrudis, una tía abuela, heraldo llameante del ateísmo combativo de la familia, decía: “En caso que Dios existiera los Téllez tendríamos Un Enemigo de nuestra

talla”) Manolo despreciaba por sólida costumbre todo lo que fuera arte religioso. La mole gris que se alzaba hacia el cielo, más como un desafío a lo celeste que como una ofrenda, lo atraía. Manolo no entendía por qué.

Con los pies doloridos, queriendo creer que lo hacía más por demorar el regreso al hotel que por cualquier otra cosa, Manolo encaminó sus pasos a la catedral. Ya anoecía cuando entró. Vio dentro, en la luz mortecina, unos cuantos visitantes desparramados. Eludiendo el altar mayor se acercó a un gran vitral por donde aún penetraba un residuo de sol.

Junto a una columna, a poca distancia, mirándolo con su mansa mirada mojada, estaba la muchacha judía.

-Ay, Manolo –dijo la muchacha judía-. ¡Qué sorpresa!

Manolo asintió con gravedad. Él no estaba sorprendido. “Tenía que ser”, pensó, furioso contra su propia resignación.

-Es un lugar maravilloso –dijo la muchacha judía.

Creí que eras judía –dijo Manolo.

Y lo soy –dijo la muchacha judía-. Pero eso no me impide apreciar la belleza, esté donde esté.

Esa frase la sacó de un libro –pensó Manolo-. Es la frase más vulgar que he oído en mi vida”, pensó. Quería transmitir hacia la judía la rabia que sentía contra él mismo.

Soy una mujer de mentalidad abierta –dijo la judía.

Ya lo creo –dijo Manolo.

e dio vuelta y empezó a alejarse.

a muchacha judía habló a su espalda:

Ay, Manolo.

Manolo se detuvo y se volvió a medias. Hoy no tenía miedo. Se sentía extenuado y solo, nada más.

-Sos un muchacho muy raro, ¿sabías? –dijo la muchacha judía.

Manolo no contestó y salió de la catedral lo más rápido que pudo. Casi corriendo regresó al hotel y jadeando subió de a tres escalones hasta el tercer piso. Antes de ir a su pieza tanteó el picaporte de la puerta de la pieza de su madre: estaba cerrada por dentro. Ya en su pieza Manolo se tumbó en la cama. Después de rato el hambre le vino toda de golpe. Pero no se animaba a bajar al comedor.

Era ya noche cerrada cuando su madre entró.

-¿Bajas a comer? –preguntó.

-No –dijo Manolo-. No tengo hambre.

-Leonor no regresó todavía –dijo la Señora Mayor.

-¿Y a mí qué? –dijo Manolo

-Sólo te decía –dijo la Señora Mayor.

Leonor llegó durante la cena. Desde la penumbra Manolo oyó a su madre y a Leonor regresar juntas a la habitación. Las oyó pasar por el pasillo. Leonor reía alto, con su alta risa de vaca.

Aquella noche Manolo se durmió sin comer.

-Ahora –dijo la Señora Mayor-, diez días en París.

La Señora Mayor, con dos toques de color en las mejillas, pareció entrar en éxtasis.

-Amo París –dijo.

Ya habían salido de Mallorca en barco y llegado a Barcelona. Viajaban ahora en un coche cargado de bultos y maletas a la estación de ferrocarriles: la estación tenía un nombre augural: estación Francia.

Antes de subir al coche, mientras esperaba que le despacharan todos sus bultos, la Señora Mayor había sacado de dentro de la cartera un espejo y un pote con coloretes. El pote iba adornado por un pequeño cisne de nácar que hacía de agarradera. Fascinado, Manolo había mirado a su madre pintarse la cara. Era la primera vez que la veía hacerlo y, pese a los años pasa-

dos sin pinturas, su madre era hábil y veloz todavía. Manolo pensó: “Se pinta como un indio para la guerra.” Pero no era verdad. La Señora Mayor se daba pequeños toques de colorete en las mejillas y, después de humedecer el índice en la lengua, se arrancaba con la punta los bordes del colorete. No un indio para la guerra: una cocotte dispuesta a conquistar algún animal de lujo. Manolo también pensó eso, pero no quiso reconocer que lo pensaba.

-¡París! –dijo la Señora Mayor.

Después cerró el pote de los polvos y lo guardó, con el espejo, dentro de la cartera. De la cartera salió una vaharada de lavanda.

Durante el viaje, Manolo escribió una sola frase en El Cuaderno: “La cercanía de París me ha vuelto a revivir el ansia.”

El tren paró una hora en Lyon. Leonor aprovechó el largo rato de espera para comprarse tres botellas de vino de Burdeos.

-Mirá –dijo Leonor.

Manolo miró: las tres botellas estaban alineadas en el suelo, junto a la litera donde se echaba Leonor: las tres botellas descorchadas.

-Voy a emborracharme –dijo Leonor.

Mucho antes de llegar a París, ya estaba borracha.

La Señora Mayor dormía (o fingía dormir) en el compartimiento vecino. Al ver las botellas de Leonor alineadas en el suelo junto a la litera la Señora Mayor había dicho:

-Me voy a echar en tu camarote, Manolo.

Se había llevado una mano al pecho.

-El olor del vino me hace mal.

Había salido, Manolo con ella.

-Vigíla –había dicho la Señora Mayor-. Ella sí salió a tu padre.

Un gesto de desdén.

-A todos ellos.

Con dos botellas tiradas ya vacías y la tercera mediada Leonor, sentada en su litera, lloraba quedamente. No se cubría la cara para llorar. Dejaba nada más que las lágrimas fluyeran, cayeran, rodaran formando dos lentos surcos sinuosos que iban de los ojos a las puntas de la boca.

Manolo miraba a su hermana llorar. La miró largo rato.

Leonor no se quejaba. Sólo, a veces, suspiraba muy adentro.

Y se inclinaba a la botella y la agarraba y bebía.

Ya París estaba cerca cuando Leonor dijo:

-Nunca encontraré otro hombre como Jesús. Nunca.

-¿Porqué no te quedaste con él? –preguntó Manolo.

-Porque no me quiere –dijo Leonor-. Tiene mujer e hijos.

Bebió un trago de la botella y dijo una frase que no había sacado de ningún libro. Ella no.

-Yo sólo fui una aventura –dijo.

Leonor se secó las lágrimas con un puño, restregando con el borde de la falange inferior el borde inferior de cada ojo.

-Me acosté con él –dijo-. Madre comprendió.

Con sumo cuidado Leonor dejó la botella en el suelo y muy despacio alzó la cara hacia Manolo. Ya no había lágrimas en sus ojos.

-Pero yo no quiero sufrir –dijo-. Ya estoy vieja.

Manolo le acarició la cabeza.

Manolo no había visto a la judía en el barco a Barcelona y tampoco la vio en el viaje a París. Cuando el tren entró a campanazos en la gare de Lyon, Manolo sintió cierta amargura al pensar, creer: “Después de todo no me perseguía.” Pero no podía definir para qué.

“Más propicio para el amor”, pensó al bajar del tren. Dos minutos después, en el ajetreo, ya se había olvidado de la muchacha judía.

Lo primero que hizo la Señora Mayor al llegar a París fue abrir mucho los brazos y exclamar:

-París, je t'aime!

6)

En París, Leonor siguió bebiendo. Todos los días Manolo la veía en el bar del hotel, sentada en una mesa al fondo, con una copa de coñac delante. La Señora Mayor no se preocupaba.

-Ya se le pasará –decía.

La Señora Mayor empezó a preocuparse la noche en que Leonor desapareció.

Era la tercera noche de la familia en París. La Señora Mayor había pasado el día escribiendo cartas para borrosos destinatarios. Al anochecer salió de su habitación con un montón de cartas ya cerradas en la mano (la Señora Mayor escribía en hojas rosadas, muy finas, crujientes y apenas perfumadas con lavanda: tenía la letra picuda de niña con aya francesa y seguro que todas las cartas contaban lo mismo sin contar nada: la Señora Mayor no tenía interés en escribir: aquello era sólo un gastado ritual social que cumplía porque creía que debía) y al empezar a bajar las escaleras se cruzó con Manolo.

-Te estaba buscando –dijo la Señora Mayor-. Quiero hablar con Leonor.

-Leonor no está.

La Señora Mayor enarcó las cejas.

-¿No está en el bar?

-Se fue hace rato –dijo Manolo-. Con un hombre.

-¿Por qué no me avisaste?

Manolo se encogió de hombros.

Había visto al hombre sentado a la mesa de Leonor, los había visto reír a los dos y beber y después se habían marchado. El hombre era mucho más joven que don Jesús Alerce y Gómiz y hablaba en español. Era bajo de estatura, fornido y con la tez oscura; tenía un fuerte remalazo de sangre india en las venas. “Peruano o mexicano” había pensado Manolo al verlo pasar junto a él. Manolo estaba sentado en un taburete contra el mostrador y bebía naranjada. Leonor, al pasar, le había guiñado un ojo. El hombre, el mestizo, se había detenido junto a la caja del bar para pagar. Leonor se mantenía en la semi penumbra, junto a una columna, unos pasaos detrás del hombre. Estaba borracha: las piernas poco firmes se le enredaron en el borde de la alfombra y el hombre, el mestizo (peruano o mexicano o lo que fuera) la sostuvo firmemente por un brazo para que no cayera. El hombre, el mestizo, andaba con aplomo y confianza. Había un oscuro afán de desafío en su manera de andar y mirar. “Parece el último de los mohicanos”, había pensado Manolo: lo veía alejarse agarrado de un brazo de Leonor. Tenía, el hombre, toda la arrogancia del ejemplar sobresaliente de una raza diezmada y oprimida. Era una cabeza entera más bajo que Leonor. Manolo le había puesto un nombre: el Príncipe Azteca. Subía a su habitación a escribir una sola frase en El Cuaderno (“Hoy he visto un príncipe azteca”) cuando se encontró con su madre en lo alto de la escalera.

-¿Cuándo fue eso? –preguntó la Señora Mayor.

-¿Qué?

-¿Cuándo se marcharon ¿ ¿A qué hora?

-Hace rato –dijo Manolo.

Esperaron: como si algo fuera a pasar.

Manolo franqueó las cartas y se las dio al conserje. La Señora Mayor se negó a comer y se sentó en el vestíbulo del hotel a hacer crochet. Cada pocos segundos su vista se clavaba en la puerta principal. Leonor no aparecía.

Ya cerca de la medianoche, la Señora Mayor dijo:

-Habrà que avisar a la Policía.

Pero no fue necesario. Pocos minutos después, sin haber dado tiempo a la Señora Mayor para aburrirse de su teatralizada indecisión, la Policía se presentó en el hotel. Sin que nadie la llamara.

Manolo reconoció a los tipos nomás verlos entrar. Eran muy parecidos a los detectives de las malas películas policiales francesa, sólo que más feos, más torpes y todavía más increíbles. “Esa cara yo la he visto ya en Fantomas”, pensó Manolo, observando al más viejo de los dos detectives. Los vio hablar a los dos con el conserje y luego acercarse a la Señora Mayor.

Hablaron en francés. Manolo no entendía. La Señora Mayor, con aya francesa cuando niña, profesores franceses (todos: hasta el que le enseñaba piano: como si la música también sonara en francés) y varios viajes a Europa más tarde, (a Europa: a Francia: porque Francia sola era –había sido- Europa), hablaba el francés tan bien como el español. En ningún momento pareció descomponerse o estar nerviosa. Agradeció con un mínimo golpe de cabeza a los dos policías y los vio marcharse. Después habló sin mirar a Manolo.

-Leonor se tiró al Sena –dijo-. Está en el hospital de Saint Lazare. Pobre tonta.

La Señora Mayor se cambió de ropas, volviendo por una sola noche europea al vagaroso luto que había usado en la viudez de más de veinte años. Manolo se tomó varios cafés para despejarse antes de salir. No estaba

acostumbrado a trasnochar; ya era más de la una de la madrugada y sentía sueño y cansancio.

En el hospital estaba la muchacha judía. Manolo, al verla, pensó por un largo segundo en huir. De nuevo. La muchacha judía estaba al final de un pasillo, mirando en la dirección por la que venían Manolo y su madre. Por unos momentos pareció mirarlos sin verlos. Después sonrió y se acercó. Miró fijo a Manolo, aunque sólo fue una breve mirada intensa. Luego miró a la Señora Mayor.

-Estaba conmigo –dijo la muchacha judía-. La encontré en una taberna de Montmartre. Había varios hombres con ella. Gente horrible. Ay, si hubiera visto. Todos bebían. Ay, señora, la manoseaban.

La muchacha judía se ruborizó.

-No eran franceses. Eran sudamericanos –la muchacha judía hizo una mueca-. Pardos. Gentuza. Yo saqué de allí a Leonor.

-¿Por qué? –preguntó la Señora Mayor.

La muchacha judía vaciló. Miró al suelo.

-¿Cómo por qué? –preguntó-. Ay, porque...

-La sacaste de allí para que se tirara al Sena.

-No –la muchacha judía levantó la cara: ahora miraba a Manolo con un ruego casi sumiso en sus grandes ojos húmedos-. Eso no es verdad. Eso fue después. Por otra cosa.

Manolo deseó desaparecer. Estaba incómodo. Apartó la vista de los ojos suplicantes de la muchacha judía.

-Leonor me agradeció que la sacara de allí. Estaba asustada –dijo la muchacha judía-, íbamos hacia el hotel de ustedes y Leonor parecía casi alegre. Se le había pasado el susto y había empezado a hacer planes para mañana. Me dijo que le gustaría visitar conmigo el Louvre, la Madeleine, el Sacre Coeur.

A Manolo le molestó la perfecta pronunciación de la muchacha judía: una pronunciación falsa de tan exacta: memorizada.

-Cruzábamos el Pont des Arts cuando Leonor cambió. De golpe se puso a hablar de lo desgraciada que se sentía. Dijo que Europa le había hecho mucho mal. Se apoyó en la baranda del puente y se quedó mirando las aguas. Yo debí prever... Tal vez....

La muchacha judía se pasó las dos manos por la cabeza, metiendo los dedos entre mechones de pelo. Manolo pensó que parecía una vieja imagen griega de la desesperación. También se dio cuenta que la muchacha judía era mucho más hermosa de frente que de perfil.

-Me acuerdo que tiró al agua el cigarrillo –dijo la muchacha judía- y después me miró. Ahí sí supe lo que iba a hacer pero no pude impedirlo. Me empujó, y cuando quise darme cuenta ya se había tirado por encima de la baranda. Oí el golpe de su cuerpo al caer. No la vi caer. Sólo oí el golpe del cuerpo y grité. Unos hombres aparecieron con ganchos. Venían de uno de los cafés de la orilla Metiéndose en el agua consiguieron engancharla y subirla por el parapeto. Leonor estaba fría y tenía los ojos blancos. Había tragado mucha agua.

La Señora Mayor alzó una mano y la muchacha judía dejó de hablar.

-Sí –dijo la Señora Mayor-. Parece que es una costumbre. En todos los cafés de la orilla del Sena hay unos ganchos para rescatar suicidas.

La muchacha judía sonrió con torpeza.

-Después llegó la Policía –dijo.

La Señora Mayor extendió un brazo y acarició a la muchacha judía en un costado de la cara.

-Perdona –dijo.

-No es nada –dijo la judía-. Comprendo.

Al otro día Leonor ya estaba de vuelta en el hotel. Y la muchacha judía.

Tres días seguidos Manolo vio a la muchacha judía a todas horas y en todas partes: en el bar, en las escaleras, en el comedor, en la habitación que compartía con su madre y su hermana, en pasillos y salones y balcones y terrazas.

La muchacha judía se había instalado en el hotel (a petición de la Señora Mayor) y pasaba las horas muertas con la Señora Mayor y Leonor. Cuando no salían juntas (y salían juntas todos los días: Manolo, desde la baranda que daba al vestíbulo, las veía marcharse cada día y después también él salía a pasear solo, a recorrer solo un París en el que buscaba el París imposible del que tantas veces le habían hablado: porque en su país, en su ciudad, entre los suyos todo el mundo hablaba de un París que no existía, un París de cielos únicos y calles que no se repetían en ninguna otra ciudad del mundo: un París que era el centro del Universo), al regreso de cada paseo las tres mujeres se reunían para confeccionar itinerarios, para perfeccionar, en conciliábulos de ambiente conspirativo, la ruta parisina del día siguiente.

Manolo pensaba: “Todo montevideano ama a París cuando no la conoce. Todos sentimos a París un poco nuestro al pisarlo, porque el puro amor nos da derecho. Odio París.” Manolo escribió esas palabras en El Cuaderno. Las escribió con rabia y asco.

Manolo se aburría en París. Era una ciudad extranjera y enemiga como otra ciudad cualquiera. Manolo se inundaba de nostalgia. Era la fea y sucia Montevideo lo que anhelaba, retazos de la ciudad en la que había nacido y crecido: momentos: el olor de los eucaliptos en la calle de su casa, los paseos junto al mar, las tertulias de sábado y domingo en el Club de los Arponeros (cuando su madre olvidaba el luto por el fin de semana –aunque no olvidara, ni entonces, las negras ropas luctuosas- para ir a platicar con las

viejas amigas de la infancia que ya, claro, eran tan viejas como ella), la vaciedad. La otra vaciedad. La de la sabia rutina y el sopor.

Como si quisiera formalizar en letra escrita un desagravio contra sus propias ideas Manolo escribió en El Cuaderno: “Montevideo no es sucia ni fea. Amo Montevideo.”

Después de cerrar El Cuaderno se dio cuenta que justo en ese momento había empezado a amar también París. Pensó (y no escribió): “París es sucia y fea como Montevideo.”

7)

Nunca hasta París Manolo Téllez bebió una gota de alcohol ni conoció mujer. Hasta entonces Manolo nunca había pensado en el alcohol como remedio para nada, nunca había anhelado una mujer fuera de algunas borrosas fantasías de duermevela.

Un amanecer –ya llevaban los Téllez una semana en París- Manolo agarró dinero y se escabulló del hotel. Pensó, al salir, que eludiría a la judía, pero la encontró en el Louvre, frente al Quai d’Orsay, delante de la fachada norte de Notre Dame y en dos cafés distintos de la rue Rivoli. Desesperado, ya en la noche, después de horas de patear París sin consuelo, Manolo se metió en las callejas más sucias de la Rive Gauche, porque había pensado: “Aquí no se atreverá”. Mujeres torpes e infladas le salían al paso a Manolo desde los zaguanes. Algunas, en el vórtice del hambre, llegaban a agarrarlo por los brazos.

-Allons. Viens. Allons –decían.

Manolo se desprendía sin violencia y seguía de largo.

“Mañana mismo iré a su pieza y le diré: ¿qué mierda querés conmigo? ¿Por qué me mirás? ¿Por qué me seguís? Mañana mismo”, pensaba.

Se había perdido en el enmarañado inframundo de callejuelas. Con placer, descubrió que no sabía dónde estaba. Ni una vez, desde que llegó a Europa, había sentido esa sensación de alegría irreal que sentía ahora. Le parecía haber vuelto a su ciudad y estarla pisando, por primera vez, con certidumbre y confianza.

En una esquina, a la luz de un farol, vio las siluetas veloces de dos hombres que se acometían. Distinguió en sus manos las formas metálicas e inciertas de las navajas. Con algo parecido al horror los miró fascinado por un instante. Después, temeroso de que la sangre y la muerte le hicieran pedazos el sueño, se metió en un café que había en la acera de enfrente.

El café estaba lleno de gente. El humo hizo toser a Manolo. Apretado contra una columna Manolo esperó no sabía qué. Pensaba que en cualquier momento se escucharían las sirenas policiales, las voces de mando, los silbatos. Alerta, atendía a los ruidos de la noche, tratando de rescatar de entre el bullicio del café el silencio de la calle afuera, las débiles señales sonoras que pautaban la inmediatez de la muerte.

Uno de los duelistas entró al café. Ya no llevaba a la vista la navaja. Manolo lo vio abrirse paso a codazos hacia el mostrador. Entre mil voces lo oyó decir:

-Pastís.

Manolo pensó: “Ya lo ha matado.” Imaginó al otro duelista sin cara tendido muerto en la acera.

Una de las mujeres de detrás del mostrador le sirvió al tipo un líquido entre verdoso y blancuzco. El tipo se lo bebió de un trago.

Manolo quería huir pero no se atrevía. Temía encontrarse en la calle con el muerto. Siempre apretado a la columna Manolo sintió que el pánico

lo desbordaba. La ciudad soñada que él había pisado empezaba a hacerse añicos.

En eso, otro hombre entró al café. Aunque no le había visto nunca la cara Manolo lo reconoció: era el segundo duelista. Pálido y ojoso, como venido de la muerte, se abrió paso hacia el mostrador. Su rival estaba de espaldas. El recién llegado se le acercó por detrás y lo palmeó en un lado de la cabeza. Se rió. Los dos se rieron.

El segundo hombre dijo;

-Pastís.

La mujer de detrás del mostrador le sirvió un vaso de líquido entre verdoso y blancuzco. El tipo se lo bebió de un trago.

Manolo salió.

En la acera de enfrente estaba la judía. Bajo la luz redonda del mismo farol que había alumbrado el baile azaroso de los duelistas, con la cartera agarrada con las dos manos y las manos contra la pelvis la muchacha judía miraba a Manolo sin parpadear. Manolo miró a los dos lados de la calle y se alejó a grandes pasos.

Sin saber si lo que sentía era furor o miedo Manolo buscó hasta encontrarlo un café con poca gente. Detrás del mostrador había tres mujeres gordas. Parecían las mismas del café anterior, de todos los cafetuchos iguales que había visto en las callejas. “Como si Dios hubiera hecho sólo tres moldes para todas las putas baratas de París, del mundo”, pensó Manolo. Ya había entrado al café. Una de las mujeres era rubia, otra era pelirroja y otra morena. “Mañana la rubia será pelirroja, la pelirroja morena y la morena rubia”, pensó Manolo. Temblaba al acercarse al mostrador.

-Pastís –dijo.

La mujer le sirvió un vaso de líquido ente verdoso y blancuzco. Era la pelirroja. Tenía los ojos muy pequeños y sonreía ladeado. Manolo miró el

vaso como a un enemigo antes de levantarlo y beber de un trago el contenido. Tosió apenas y sonrió. Recién después de tragar se dio cuenta que aquello era una especie de anís. El saber denso del anís le recordó de golpe su infancia: una tía vieja le regalaba caramelos de anís. Manolo sacudió fuerte la cabeza para arrancarse los recuerdos. Todos sus años estaban llenos de tías viejas y tíos locos.

La mujer le hablaba de prisa, arrastrando erres. Sonreía con una sonrisa torcida y enseñaba dos dientes de oro. Se metía el índice rollizo en la V del escote para despegar la tela basta del vestido adherida al sudor y a la piel.

-Je ne parle pas français –dijo Manolo, en su torpe francés.

La mujer sonrió con una sonrisa que Manolo creyó de madre, de vieja madre emputecida y burlona.

-Ah, non?

La mujer miró a las otras dos mujeres.

-Le p'tit garçon ne parle pas français –dijo.

Las tres mujeres rieron.

-Pastís –dijo Manolo.

La mujer pelirroja le sirvió. Parecía algo más vieja que las otras, o tal vez era sólo porque estaba más cerca.

Manolo bebió un trago del vaso. Había cuatro personas más en el café, aparte de las camareras: cuatro hombres. Ninguno de los hombres le prestaba atención a Manolo. Las mujeres, en cambio, lo miraban sonriendo. Las tres. Hablaban entre ellas.

“Hablan de mí –pensó Manolo-. Algo en mí les hace gracia.” Bebió otro trago del vaso y sonrió a las mujeres. Bajó del taburete y se acercó a la puerta.

La mujer pelirroja gritó algo a su espalda.

Manolo abrió la puerta.

La muchacha judía estaba en la acera de enfrente y lo miraba. Otra vez se había colocado bajo un farol y tenía la enorme cartera sujeta con las dos manos, las manos contra la pelvis. Más que desafiante parecía entregada. Estaba algo encogida, casi agazapada, como si buscara protegerse de algún ataque inminente.

La mujer pelirroja llegó junto a Manolo y algo le dijo con voz áspera. “Cree que quiero irme sin pagar”, pensó Manolo. Tragando aliento se volvió hacia la mujer, la agarró de los brazos y la besó en la boca. Sus manos, solas como pájaros, recorrieron el cuerpo blando de la mujer. Las otras dos mujeres reían: Manolo podía escucharlas. La mujer pelirroja había rodeado ahora a Manolo con sus brazos y lo besaba en el cuello. Manolo se despegó del abrazo de la mujer y abrió los ojos. La muchacha judía ya no estaba.

La mujer pelirroja tiraba hacia adentro de Manolo.

Lo tenía sujeto por un brazo. Hablaba entre jadeos.

-Viens –decía-. Viens, toi...

Manolo entró y la mujer pelirroja cerró la puerta.

Los cuatro hombres miraban a Manolo. Uno de ellos alzó su vaso.

-Salut –brindó.

Manolo se acomodó de nuevo en el taburete y alzó también el vaso.

-Salú –dijo.

De nuevo del otro lado del mostrador la pelirroja le sonreía, le acariciaba una mano con las yemas de los dedos.

Después de terminar el pastís Manolo explicó, en su mal francés, que quería pagar. Entre balbuceos y ademanes prometió que volvería.

La mujer pelirroja agarró los dos billetes que le había dado Manolo, fue hasta la caja registradora y la hizo sonar. Metió uno de los billetes en la caja y el otro lo deslizó dentro del ángulo agudo del escote.

En la puerta, Manolo se volvió. Las tres mujeres lo miraban y sonreían. La mujer pelirroja (que mañana seguramente sería rubia o morena) le sopló un beso.

Manolo cerró con cuidado la puerta al salir.

-Pastís –dijo Manolo.

La Señora Mayor lo miró con expresión de asombro.

-Es una especie de anís –explicó Manolo.

Estaban en el bar del hotel y ya era cercano el mediodía. Manolo había pasado un día entero en el hotel, después de su aventura en la noche de París, y no había vuelto a ver a la judía. Al día siguiente saldrían para Italia y era probable que ya no volviera a verla. Creyendo en la posibilidad de la esperanza, Manolo había decidido festejar en el bar del hotel.

-Tú nunca has bebido alcohol –dijo la Señora Mayor.

-Algún día hay que empezar, ¿no? –dijo Manolo-. Además me gusta.

Era Leonor, ahora, la que no bebía. Después del remojón en el Sena había vuelto al té de menta y a las pastillas de eucaliptos. También había abandonado el tabaco. Estaba sentada al otro lado de Manolo, los tres en los tres taburetes más al fondo del largo mostrador.

-Es malo beber –dijo Leonor-. Lo sé por experiencia.

-Sí –Manolo se burló-. Tres copas que has bebido y ya te sentís más mujer de mundo que Madame Pompadour.

-Ésa no bebía –dijo Leonor.

-Seguro –alardeó Manolo-. Como vos la conociste.

El barman puso en el mostrador el pastís, la tetera y la taza para Leonor y un gran vaso de jugo de naranja para la Señora Mayor.

-Te veo raro –dijo la Señora Mayor.

Sonrió un instante y en seguida su cara se ensombreció.

-Tu padre era así –dijo-. Cáustico y burlón.

Se pasó la lengua por los labios.

-Y bebía –dijo.

-Hoy no he visto a la judía –dijo Manolo.

No le gustaba que su madre le hablara de su padre. Y menos en aquel momento. Con placer había probado el pastís y quería seguir bebiendo con el mismo placer.

-Se ha ido –dijo Leonor.

-Se cambió de hotel –dijo la Señora Mayor-. Una pena. Una chica tan servicial.

Leonor sopló la taza humeante y se rió con su risa de vaca, recobrada a plenitud.

-Ya me tenía harta esa judía –dijo-. Es fría y calculadora.

-Estás equivocada –dijo la Señora Mayor-. Es mucho más fina que tú y quizá más inteligente. Sólo porque no arma escándalos, ya que tú...

La Señora Mayor suspiró.

-Lástima que sea judía –dijo.

Sonrió con cansada superioridad racial.

-No es que tenga nada contra los judíos –dijo.

-Es cursi y fea –dijo Leonor.

Miró a Manolo y le hizo un guiño cómplice. Manolo sonrió con la misma complicidad. También eso, pensaba, era parte de la dicha. Nunca había sentido tan próxima a su hermana. Tal vez era todo a causa del pastís. “Por el pastís entonces”, pensó. Y bebió.

-¿Vieron los ojos que tiene? –insistía Leonor-. ¿Y su forma de hablar?

Leonor imitaba a la judía. La imitaba mal, tragando la risa de vaca, pero igual a Manolo le hacía gracia.

-Ay, sí. Ay, no –con los ojos muy abiertos Leonor sacudía la cabeza-. Ay, por favor. Ay, no me digas. Ay. Ay.

Leonor golpeó en el mostrador con el puño.

-Es idiota –dijo.

-Le tienes celos –dijo la Señora Mayor.-. Es más bonita que tú.

Miró a Manolo.

-Se casará algún día y tendrá hijos –dijo-. Será feliz.

Manolo se divertía. Pensaba un conjuro: “Vade retro”, murmuró.

La Señora Mayor ya no lo miraba. Suspiraba. Iba a hablar.

Manolo se adelantó:

-Lástima que sea judía –dijo.

-No es que tenga nada contra los judíos –dijo Leonor.

Manolo y Leonor rieron.

La señora Mayor le tendió un brazo a Manolo.

-Ayúdame –dijo.

Manolo bajó del taburete y ayudó a la Señora Mayor a bajar..

-Hoy iremos al Louvre –dijo la Señora Mayor.

Manolo sonrió.

-Como quieras –dijo-. Aunque yo tenía otros planes.

-¿Qué planes?

-No son para mujeres –dijo Manolo.

Su madre dio un paso atrás para mirarlo. Se colocó las gafas que llevaba colgadas en el cuello.

-¿Qué planes? –insistió.

-Pensaba irme de putas –dijo Manolo.

La Señora Mayor enarcó las cejas y le dio la espalda.

Leonor bajó también del taburete.

-Cada día te pareces más a tu padre –dijo: imitaba, mal imitaba y ahora a Manolo ya no le hacía gracia-. También a él le gustaban mucho esas señoras.

-Callate –dijo Manolo.

La Señora Mayor se alejaba, muy digna, hacia la puerta.

-No le ha gustado –dijo Manolo.

-No –dijo Leonor-. Ni pizca.

Los dos se miraron, serios.

“Y es pura verdad –pensó Manolo-. Me gustaría irme de putas.”

Estaba en su pieza, delante del espejo y terminaba de trabar un complicado nudo de corbata. “El Louvre”, pensó sin ganas. “La Gioconda”, pensó.

Le habló a su cara en el espejo. Le dijo:

-Qué mierda me importa a mí la Gioconda. Quiero emborracharme y meterme borracho en una cama con una mujer.

Pero no iba a hacerlo. Lo sabía. Todavía hoy no. Fue al maletín y sacó El Cuaderno. Puso El Cuaderno sobre la mesa y con la lapicera escribió: “Me cago en el Louvre.”

Se sintió mejor.

8)

ni conoció mujer

Dos días demoraron los Téllez el viaje a Italia.

La Señora Mayor empezó a sentir de golpe que su amor a París la desbordaba y no quiso marcharse de allí sin haberlo saciado.

-Dos días más –pidió.

Por primera vez en su vida la Señora Mayor no daba una orden. Pedía.

-Está bien –dijo Manolo.

Leonor nada dijo: estaba anonadada.

Era de noche.

Los tres estaban en el vestíbulo del hotel.

La Señora Mayor agarró a Manolo por un brazo y miró la hora en el reloj pulsera de Manolo.

-A la cama –dijo: de nuevo daba órdenes-. Hay que levantarse muy temprano. París es muy hermoso al amanecer.

Comían los tres Téllez en su última noche en París cuando reapareció la judía.

Ya habían discutido los tres Téllez el plan de viaje y Manolo se sentía contento. La Señora Mayor estaba algo apenada ante la inminencia de abandonar París, pero otra inminencia –la de Italia- la reconfortaba. Parecía querer olvidar a un viejo amante renuente con la perspectiva de un nuevo amante fogoso y lleno de vigor.

Antes de comer Manolo había bebido pastís y en la mesa pidió vino. Sería la primera vez que bebería vino en su vida. La Señora Mayor lo miraba con aire de falsa reprobación, la vista levantada por encima de los espejos.

La muchacha judía apareció entre el postre y el café. Muy agitada se acercó a la mesa. Saludó con una sonrisa y se quedó de pie junto a la mesa, mirando a Manolo con sus grandes ojos húmedos que no parpadeaban.

“Tiene algo de búho”, pensó Manolo. Quería sentirse furioso y no lo lograba. El pastís y el vino se le habían subido a la cabeza.

-Ay, por suerte los he encontrado –dijo la muchacha judía-. Temí que se hubieran marchado.

-Siéntate –dijo la Señora Mayor.

-Ay, gracias.

La muchacha judía se sentó.

-¿Quieres café? –preguntó la Señora Mayor.

-Ay, bueno –dijo la muchacha judía.

-Ay, garçon –dijo Manolo.

Leonor rió quedamente, tapándose la boca con las manos. Ahora, desengañada de una vez y para siempre de los hombres, El Hombre, ya no virgen pero como si hubiera vuelto a serlo, Leonor había recuperado la risa de vaca, sin vergüenza. Sólo que ahora aquella risa era más franca, más sincera. Manolo se dio cuenta que la risa de vaca de Leonor ya no era una pose, que Leonor se reía de esa forma con alegría asumida. Ya no pensaba en ningún hombre imposible, El Hombre, cuando reía.

-Quería despedirme de ustedes –dijo la muchacha judía-. Mañana mismo me marcho. Ay, un lío.

-¿Te marchas? –preguntó la Señora Mayor-. ¿A dónde?

Manolo lo supo antes que la muchacha judía respondiera:

-A Génova.

-¿Tren? –preguntó la Señora Mayor.

La muchacha judía asintió.

“Todo esto es un complot diabólico”, pensó Manolo. Ya había escrito esas palabras en las repeticiones aunque amaba, por pereza, la monotonía. Por lo menos hasta ahora la había amado: la suave monotonía, la vulgar y tersa rutina.

-Mira tú –dijo la Señora Mayor-. Primera, claro.

-Ay, claro –dijo la muchacha judía.

Parecía como si cualquier otra posibilidad la ofendiera.

-Viajaremos juntas –dijo la Señora Mayor.

Adoptó una pose lánguida y satisfecha, como si hubiera pronunciado una gran frase definitiva. Se había echado atrás en la silla y a Manolo le parecía sentir la ronronear de placer.

Después de tragar lo último que le quedaba de vino Manolo se puso de pie.

-El café, querido –dijo la Señora Mayor.

-No quiero café –dijo Manolo-. Ahora no.

Miró a la cara a la muchacha judía y la muchacha judía hizo algo que a Manolo, hasta un segundo antes, le hubiera parecido imposible: bajó la vista.

La furia había llegado sola. A grandes pasos Manolo salió del comedor. Con las manos en los bolsillos, mirando abajo a las puntas de sus zapatos, atravesó el vestíbulo. Tropezó con una vieja y no se disculpó siquiera.

-Troisieme –dijo, ya en el ascensor.

Había dos mujeres dentro del ascensor y las dos miraban a Manolo. Manolo les forzó una leve sonrisa de cansancio y malhumor. Las dos mujeres se miraron entre ellas y sonrieron también. Manolo se miró en el gran espejo del ascensor: tenía la cara tensa de furor y los ojos encapotados a medias. Sin alegría descubrió: “Si pongo cara de malo gusto a las mujeres.” Hizo para nadie una última sonrisa seca y salió en su piso. Las dos mujeres rieron coquetas a su espalda. “Mierda”, pensó Manolo.

Buscó la llave de su habitación en el bolsillo. No la tenía. “Mierda”, repitió, en voz muy baja.

Una puerta se cerró con ruido a su espalda. Manolo se dio vuelta. Una camarera joven acababa de salir de una habitación y empujaba un carrito. Había ropa blanca encima del carrito.

Manolo sonrió con dureza.

-Olvidé la clé –dijo-. Mon clé. Je avais oublié.

La camarera agachó la cabeza y se tapó la boca con una mano.

-Vous ne compris? –preguntó Manolo.

A pesar del pastís y el vino estaba nervioso. “Nadie debe hablar francés peor que yo –pensó-. Nadie en el mundo entero.”

-¿No ha subido la llave, eh? –dijo la camarera.

No era bonita. Tenía la cara chata y mansa, los ojos oscuros y neutros, los párpados pesados. Toda ella parecía pesada y neutra. Sin embargo, en su sonrisa había ahora una fugaz malicia, el destello volador de una vieja sabiduría mujeril, perfeccionada y permanente a lo largo de los años.

-Soy española –dijo la camarera.

Manolo se sintió frío y vencedor. Miró a los dos lados del pasillo y agarró de una mano a la muchacha.

-Vení –le dijo.

La muchacha, la pequeña camarera lo miró de abajo a arriba: la torpeza de su cuerpo, la tibia mirada sin color de sus ojos no ocultaban un resquicio de picardía.

-¿Qué pasa?

-Que vengas –dijo Manolo.

Dócil, la muchacha lo siguió.

-Abrí esa puerta –dijo Manolo.

La camarera sacó de dentro de su delantal un manojito de llaves, eligió una llave y abrió. Manolo la empujó a lo oscuro y entró después. Un violento ramalazo de olor a lavanda le golpeó la nariz. Tanteando encendió la luz. Estaba en la pieza de su madre.

-¿Cómo te llamás? –preguntó Manolo.

-Isabel.

-Yo soy Manolo –dijo Manolo.

Una tenue sombra de duda se instaló en los ojos y el gesto de Isabel. “No me cree”, pensó Manolo. Iba a insistir pero desistió. “Mejor que no me crea”, pensó. Se sacó el saco y lo tiró sobre una silla. También en él había una antigua sabiduría viril. Manolo pensó, para El Cuaderno: “Yo también cargo en mí una lejana voluntad genética.”

-No hace falta que te desnudes –dijo-. Sólo que te quites el delantal. No me gusta.

La voz le salió firme.

El delantal era celeste y blanco, a rayas verticales: con movimientos diestros y apresurados Isabel se lo quitó.

Leonor entró en la pieza quince minutos después. Al escucharse el sonido de la llave en la cerradura Isabel quiso zafarse. Manolo la tenía apretada entre los brazos y las piernas y la penetraba desde detrás.

-Quedate quieta –dijo.

Pensaba: “Es mi madre”. Esperaba.

-Oh –dijo Isabel.

-Oh –dijo Leonor, como un eco.

Había encendido la luz. Manolo, pensando que era su madre, se volvió para mirarla. Leonor estaba de pie junto a la puerta, con la boca abierta. Un paso detrás la judía. Pasaron así varios segundos.

Leonor susurró con voz pesada:

-¡No entres!

En seguida salió y cerró la puerta.

-¿Ves? –dijo Manolo-. No pasa nada.

Recién al separarse se dio cuenta que Isabel lloraba.

Manolo la acarició.

-¿No te ha gustado? –preguntó.

-Me echarán –dijo Isabel-. Después de esto.

-No –dijo Manolo-. Ya verás.

Se había abrochado los botones de la bragueta y tenía entre las dos manos una mano de Isabel.

-Te prometo que nada te va a pasar –dijo Manolo.

Se sacó del bolsillo del pantalón todos los billetes que le quedaban y se los puso a Isabel en una mano.

-Tomá –dijo-. Para que les compres ropa a tus hermanitos.

-¿Cómo sabes que tengo hermanitos?

- Todas tienen –dijo Manolo, con simulada certidumbre.

Se miraba en el espejo. “Como debut –pensó-, no ha sido gran cosa.” Igual se sentía bien. Se quedó un rato mirándose, fraguó una frase: “Nunca hasta París Manolo Téllez bebió una copa ni conoció mujer.” Eso pondría en El Cuaderno. Pensó. “Así tendría que haberlo empezado, pero ¿cómo adivinar?” Ya sabía: sus impresiones del viaje las escribiría como si Manolo no fuera él. “Me miraré desde fuera”, pensó. Con Isabel aplastada a su cuerpo durante la cópula Manolo ya se había visto desde fuera: en el espejo de la habitación se había mirado como a otra persona. Ahora se miraba igual. Se miró. Hasta que se dio cuenta que estaba solo en la habitación. Isabel se había marchado.

Esa noche, Manolo escribió en El Cuaderno.

Primero escribió la frase que había inventado delante del espejo y la envolvió en un redondel. Después, con un entusiasmo que hasta ese día no había conocido, puso:

“Leonor vino a verme a mi pieza hace un rato. Es mi hermana mayor pero nunca hasta hoy había actuado como tal. Me reprendió. Me dijo que había tenido que demorar con excusas a mamá en el vestíbulo para ahorrarle el penoso espectáculo de su hijo fornicando con una cualquiera. Utilizó esas mismas palabras. Yo sólo le pregunté si la judía también me había visto.

Leonor me aseguró que no pudo dejar de verme, aunque nada comentó después. Yo sentí una alegría malsana. Veremos cómo reacciona ahora la judía.”

Pero la muchacha judía no reaccionó siquiera.

La siguiente anotación Manolo la escribió ya en el tren que los llevaba a Génova. Puso: “La judía no reaccionó de ninguna forma. Tal vez no me vio. Tal vez no le importa. Sus ojos me miran todavía con la misma mirada confiada, apagada y húmeda.”

La Señora Mayor se despidió con lágrimas de París.

Leonor trató de consolarla.

-Madre, por Dios, no llore.

-Es la última vez –dijo la Señora Mayor-. Sé que es la última vez que veré París.

Lo que se veía de París en ese momento era el andén sucio de una sucia estación. La gente iba de un lado a otro.

-Adieu, París –dijo la Señora Mayor.

Y subió al tren, que ya silbaba.

9)

En Génova, donde los Téllez sólo estuvieron dos días, Manolo anotó:

“La judía se instaló en el mismo hotel que nosotros. Hoy la vieja tuvo una rabieta porque no quise ir con ellas de excursión. ¡Qué me importa a mí Génova! La vieja me dijo que un abuelo de su madre era genovés. El apellido: Ungría. Fueron las tres mujeres a recorrer calles, después del almuerzo,

y volvieron por la noche, a la hora de comer. La vieja sabía de una plaza con el mismo apellido que su bisabuelo y allí las tres se sacaron fotos: la piazza dil condottiero Ungría”.

“Yo, en cambio, me quedé en el hotel, sin hacer nada. Lo pasé muy bien. Pensé en Isabel, me esforcé por pensar en ella. Descubrí que no hay emoción ninguna en el recuerdo.”

En otra hoja del Cuaderno, Manolo escribió:

“Génova.

“La judía entró hoy a mi pieza diciendo –mentira- que buscaba a Leonor. Yo no la miré siquiera. Le contesté sin apartar la vista de la ventana: del otro lado se veía el mar. El puerto. De allí debió salir el pirata o comerciante genovés del que habla la vieja. No para de hablar de él. Según parece los Ungría eran más locos que los Téllez. El apellido se ha extinguido hace ya generaciones.”

De Génova los Téllez viajaron a Venecia.

De Venecia, en El Cuaderno, hay una sola anotación:

“Me gustaría tirar a la judía al Gran Canal.”

De Venecia los Téllez se trasladaron a Florencia y de allí seguirían a Roma. La judía con ellos.

En El Cuaderno, bajo el acápite “Florencia” y la fecha, Manolo apuntó:

“La judía mostró fotos que me sacó en Venecia sin que yo me diera cuenta. Le regaló las fotos a la vieja y claro, a la vieja le pareció un detalle exquisito. Los negativos los conserva la judía. Me gustaría robárselos y ahorcarla con ellos.”

“Florencia”

Manolo aventurero:

“Hoy pagué quinientas liras por una puta. Una mujer alta y carnosa. Salíamos del hotel cuando unos tipos vestidos de negro me hicieron darle vivas a Mussolini. Nos rodearon a la mujer y a mí en una esquina y uno de ellos gritó: Eviva il Duce. Todos alzaron el brazo. La mujer estaba pálida. A mí toda la escena me parecía ridícula. También levanté el brazo y grité. Los tipos parecieron halagados. No creo que fueran de veras peligrosos, pero no valía la pena arriesgarse. Cuando los tipos se marcharon la mujer escupió al suelo: “Il Duce, Porca miseria”, dijo. Me despedí de la mujer después de pagarle un vino en una taberna. Era una buena mujer, madre de dos hijos, y dijo que se llamaba Rosaura. Le quise dar más dinero aparte de las quinientas liras de la tarifa pero se negó a aceptarlo. El vino era malísimo”.

-Josema Regoyos vive en Roma –dijo la Señora Mayor.

-¿Quién es Josema Regoyos? –preguntó Manolo.

-Un amigo –dijo la Señora Mayor-. Tienes que acordarte de él. Era socio del Club. Hace tiempo.

-Yo no iba nunca al Club –dijo Manolo-. Sólo los fines de semana, contigo.

-Josema jugaba muy bien al tenis –dijo la Señora Mayor.

-Ya sé quién es –dijo Leonor-. Es muy buen mozo.

-Su hija es amiga mía –dijo la muchacha judía.

-Josema se divorció hace años de su mujer –dijo la Señora Mayor-. Ahora está casado con una duquesa, creo.

-Una condesa –dijo la muchacha judía-. Todos los años van en verano a Montevideo. Alquilan dos plantas enteras del “Hotel Plaza”.

-Ahora sí me acuerdo –dijo Manolo-. Es un idiota.

No se acordaba. Sólo quería herir –no sabía por qué- y lo había hecho.

-Tú qué sabes –dijo la Señora Mayor.

Leonor miraba desafiante a Manolo.

-Hablás por hablar –dijo.

-Mientras no sea otro don Jesús Alerce y Gómiz...-dijo Manolo.

Leonor se volvió hacia la Señora Mayor.

-Madre –pidió-. No lo deje que me diga esas cosas.

La Señora Mayor sonrió cansada a Leonor.

-Josema Regoyos no es otro nadie –repuso-. Ya verán. Es un hombre encantador.

Josema Regoyos era un hombre alto y delgado, de pálida apariencia enfermiza. Su tez morena no ocultaba del todo una palidez lunar, corroída. Josema Regoyos se movía lento y seguro, con una discreta elegancia apoyada, tal vez, en una también discreta y elegante certidumbre de superioridad. Josema Regoyos tenía los ojos oscuros y pelo negro tupido y su voz era segura y lenta como su forma de andar. Los años en Roma le habían contagiado un suave matiz italianizado a su voz, una tenue extranjería que lo hacía parecer remoto y despegado.

Manolo lo recordaba borrosamente de Montevideo. Lo había visto muchas veces en el Club y por las calles. Recordaba su mirada vanidosa, de desdén al mundo entero. Había, hubo en Josema Regoyos algo desagradable. Siempre parecía demasiado limpio y atildado, cada día como recién salido de algún sitio donde lo planchaban y acicalaban. Ahora todo aquello se había perdido: Josema Regoyos vestía una camisa vieja y pantalones bolsudos. Los dedos de sus pies asomaban por la punta de las sandalias. Casi a su pesar Manolo reconoció que Josema le agradaba: nada quedaba en él del recuerdo de lo que había sido. Se le había borrado de los ojos la mirada siempre despectiva que Manolo recordaba.

-Brindemos –dijo Josema Regoyos-. No saben la alegría que me da tenerlos aquí.

Manolo alzó su vaso de vermouth y brindó. La Señora Mayor, que nada había querido beber, agradeció con una corta inclinación de cabeza.

-Lástima que no pueda presentarles a mi mujer –dijo Josema Regoyos-. Está enferma.

-Espero que no sea nada –dijo la Señora Mayor.

-No es nada –dijo Josema Regoyos-. Una jaqueca.

Estaba sentado en una banqueta diminuta pegada a una pared. Encima, dos cuadros religiosos de colores desvaídos enmarcados en madera oscura.

-Nos quedamos una semana en Roma –dijo la Señora Mayor-. Ya tendremos oportunidad de conocerla.

-Por supuesto –dijo Josema Regoyos-. Cualquier día de éstos.

No muy convencido, al parecer, de su propia sinceridad, miraba su vaso vacío.

-Es hora de marcharnos –dijo la Señora Mayor.

Se puso de pie.

Josema Regoyos se puso de pie.

Y Manolo y Leonor y la muchacha judía.

La Señora Mayor había llamado a Josema Regoyos desde la estación de ferrocarriles. Apenas había hablado un minuto con él.

-Vamos primero al hotel –había dicho-. Después pasaremos por casa de Josema.

Con sólo ver a Josema, verle la cara pálida y blanda, los oscuros ojos encapotados Manolo se había dado cuenta. “Este tipo está borracho”, había pensado.

Josema Regoyos tenía una discreta y elegante borrachera. Era como una parte de él mismo, la borrachera. Probablemente hacía muchos años que vi-

vía borracho, retocando y perfeccionando a lo largo de cada día una única y larga borrachera.

Tres veces brindó por la llegada de los Téllez, sin alegría. Tres veces Manolo alzó su vaso y la Señora Mayor sacudió la cabeza. Las dos muchachas sólo miraban alrededor sin escuchar nada de lo que se decía.

Josema Regoyos vivía en un palacio. Para llegar hasta el palacio había que subir calles empinadas y escaleras de piedras. En el salón del palacio todo era de color oscuro: los muebles, los adornos, los cuadros en las paredes, hasta la luz ocre que entraba por los altos ventanales de vidrios ocre. No había un solo verde, un solo amarillo en ninguno de los cuadros. Josema Regoyos vestía ropas oscuras y su oscura piel se confundía con la penumbra del salón. El vestido rojo de la judía destacaba en la penumbra como una huella de sangre.

Perdido también él en la penumbra Manolo se sintió un rato dichoso: los ojos de la muchacha judía iban a él de vez en cuando, pero no se demoraban. La muchacha judía estaba deslumbrada por la voluptuosa opacidad que la rodeaba.

Ya en la puerta, después de despedirse (los pasillos del palacio eran aún más oscuros que el salón y el vestíbulo era todavía más oscuro que los pasillos) Josema Regoyos sonrió. Tenía el vaso vacío en una mano y sus blandas facciones no acompañaron la sonrisa. La boca se distendió como un tajo y volvió a cerrarse después de un veloz relumbre de dientes.

-De veras ha sido un placer –dijo-. Tal vez un día de estos nos veamos de nuevo.

-Claro –dijo la Señora Mayor.

Los cuatro salieron y la puerta se cerró detrás.

Los cuatro empezaron a descender las calles empinadas, las escaleras de piedra. Había gente en las escaleras, sentada en los escalones: en las pa-

redes retratos de Mussolini y carteles con espigas agarradas en un puño. Era ya media tarde.

Tras el último descenso la Señora Mayor habló:

-No sé qué le pasa a Josema –dijo-. Antes no era así.

-Estaba borracho –dijo Manolo.

-Ya me di cuenta –dijo la Señora Mayor-. Peo no era eso lo que quería decir. También antes se emborrachaba. Todos los días.

10)

Josema Regoyos se le apareció a Manolo en la esquina del hotel. Habían pasado dos días desde la visita de los Téllez al palacio. Josema no se acercó: surgió. No vino ni anduvo: emergió. Como una aparición salió de la sombra de una calleja y se hizo materia en la noche caliente y húmeda: detrás, al fondo, como un brillante marco dorado, tenía la luz de un hondo zaguán. Su pálida mirada de calavera también brillaba tenue en la luz.

-Te esperaba –dijo Josema Regoyos-. Horas te he esperado.

Manolo sonrió. Había más que salido escapado del hotel para caminar Roma por la noche y no bien salir había sentido deseos de volver al hotel y recluirse. Roma no era para él. Desde el primer momento había sentido que aquella ciudad sucia y hermosa nada tenía que transmitirle y ahora, aquella noche que apenas empezaba, Manolo buscaba la forma de reconciliarse con esa vieja ciudad a la que había amado en fotos, desde lejos, ya a la que sólo con verla había empezado a odiar.

(Después de la visita al palacio donde vivían Josema Regoyos y su invisible condesa, Leonor había entrado en el silencio.

Hoy, dos días después, apenas un rato antes de ver surgir en la esquina mal iluminada a Josema Regoyos, Manolo había escrito en El Cuaderno: “Ya van dos días desde que Leonor entró en el silencio. Y todavía no ha salido.”

Aquella misma tarde, en el hotel, aquella primera tarde que los Téllez pasaban en Roma después de haber visitado la penumbra ocre del palacio de Josema (que no debía ser de Josema sino de su condesa) Leonor había dejado de hablar.

Por la calle Leonor había discutido con su madre y con Manolo. El tema: don Jesús Alerce y Gómiz.

-No era hombre para ti –había dicho la Señora Mayor.

En el vestíbulo del hotel, antes de pasar al salón para tomar el té, Leonor había separado los brazos en actitud teatral:

-Estoy harta de tantas palabras sucias y vacías –había dicho-. No voy a hablar nunca más.

Hundida en su silencio como en una coraza o una caparazón Leonor comió aquella noche con su madre y con su hermano y compartió con ellos el café. Después subió a dormir y antes de apagar la luz fue a la cama gemela de su madre y la besó, a su madre, ya acostada, en la frente.

La Señora Mayor hablaría al día siguiente con Manolo.

-Temo que se repita lo de París –diría-. La veo mal a Leonor.

-¿Lo de París? –Manolo sacudiría la cabeza-. Aquí no. Aquí no hay un Sena donde tirarse.

-Hay un Tíber.

Manolo sonreiría.

-Mamá, por Dios –diría, había dicho-. Nadie se suicida tirándose al Tíber. No tiene cachet.

La Señora Mayor había sacudido ligeramente al cabeza.

-No sé –había dicho-. No sé.

-Olvídate, mamá –había dicho Manolo-. Pronto se le pasará.

La Señora Mayor había agarrado una tostada con dos dedos y la había mordisqueado en una punta. Antes la había mirado, la miraba detenidamente y la hacía girar despacio antes sus ojos.

-Está allí, tirada en la cama –decía-. No quiso levantarse. No dice una palabra. Sólo sacude la cabeza. Que sí. Que no.

Manolo servía, sirvió en su taza el último resto del café que había en la cafetera.

-Mejor que no hable –dijo-. Nunca la escuché decir más que tonterías.

-¡Manolo!

La voz de la Señora Mayor sonó áspera y tensa. La Señora Mayor se calzó las gafas para mejor mirar a su hijo.

-No digas esas cosas –dijo.

-Sólo era una broma –dijo Manolo-. Lo siento.

Y hasta hoy Leonor seguía encerrada en su silencio.

-Vení –dijo Josema-. Necesito hablar contigo.

Manolo asintió.

-Tengo el auto ahí a la vuelta –dijo Josema-. Un “Bugati”.

-¡Que bien! –dijo Manolo-. No sé nada de autos –agregó.

-Es el mejor auto del mundo –dijo Josema-. Me lo regaló la condesa.

En Roma no había pastís. Las dos veces que lo pidió, Manolo recibió como respuesta unas aguadas sonrisas de desprecio. Por eso, resignado, bebía ahora vermouth. Pensaba del vermouth que era una bebida para mujeres pero igual lo bebía: no había encontrado en toda Italia otra cosa que poder

beber. Su paladar, aún débil, no resistiría, pensaba, las bebidas fuertes: el whisky, el cognac, el ron.

-¿Vermouth? –preguntó Josema Regoyos-. ¿A esta hora?

-No sé qué otra cosa pedir –dijo Manolo.

Habían entrado a un café y se habían sentado en la última mesa vacía. El olor húmedo de los excusados llegaba hasta ellos como una mano.

El “Bugati” era sin duda una maravilla de la mecánica y de la estética. Era un gran coche blanco, aplastado y morrudo, con algo de bestia ancestral esperando dar el salto. Tenía una capota de tensa lona negra y los asientos forrados con piel de leopardo. Manolo lo acarició unos segundos antes de montar.

-Sube de cien sin problemas –dijo Josema Regoyos-. Basta tocar el acelerador.

Josema Regoyos hundió el pie en el pedal. El coche dio varios saltos: era de veras una especie de ciega bestia salvaje. La mano derecha de Josema Regoyos movía con destreza la palanca de cambios.

Josema Regoyos estaba borracho pero no se le veía. No entonces, por lo menos, mientras conducía.

-La condesa tiene mucho dinero –dijo Josema Regoyos.

Con la mano izquierda llevaba el volante, el antebrazo casi apoyado en los ejes transversales. En el dedo anular le refulgía un anillo.

-No sé que habría sido de mí si no la hubiera conocido –dijo Josema Regoyos-. Siempre me ha gustado vivir bien. Soy un aristócrata de alma.

Miró a Manolo.

-De alma –dijo-. Mi padre era cocinero.

-¿Querías hablar conmigo? –preguntó Manolo.

El “Bugati” ya estaba estacionado (mal estacionado) a pocos pasos del café. El mozo ya había puesto en la mesa lo pedido: un vermouth con

cáscara de limón para Manolo y un whisky con agua para Josema Regoyos.

-Sí –dijo Josema Regoyos.

Bebió un largo sorbo de whisky y después se secó los labios con una servilleta de papel. Hizo una bola con la servilleta y la tiró a un cesto de papeles. El cesto estaba a casi diez metros, detrás de otras dos mesas. Josema Regoyos acertó por encima de varias cabezas. Pareció feliz por haber acertado.

-¿Qué? –preguntó Manolo.

Josema Regoyos lo miraba desde detrás del humo de su cigarrillo. Manolo en la vida había fumado: el olor del cigarrillo le causaba desagrado.

-Estoy enamorado de tu madre –dijo Josema Regoyos-. Siempre lo he estado.

Manolo lo miró sin decir nada. Ya de antes lo miraba: no apartó la vista, los ojos, de los velados ojos negro pálido de Josema.

-¿Qué edad tiene tu madre ahora? –preguntó Josema Regoyos.

Manolo movió apenas la cabeza.

-No sé –mintió.

-Tiene cuatro años más que yo –dijo Josema Regoyos-. Si tú supieras su edad yo también sabría la mía. Hace años que he olvidado contar los años.

Josema Regoyos se echó adelante, con los dos brazos en la mesa.

-Soy un viejo –dijo. Desde niño la he adorado.

Abrió las manos sin levantar los codos de la mesa.

-¡Leonor! –exclamó-. He soñado mil veces con ella.

“¿Qué me tiene que contar a mí todo esto?”, pensó Manolo. Le daba pena Josema Regoyos. Con la pálida cara solemne (el pálido ocre elegante de soles salitrosos no escondía su otra palidez más honda) y los angustiados

ojos brillantes Josema Regoyos parecía un monigote ridículo y desmadejado. “Como si tuviera estopa por dentro”, pensó Manolo.

-Me siento viejo –dijo Josema Regoyos.

De un trago vació su vaso. Ya Manolo había vaciado el suyo.

-Soy viejo –dijo Josema Regoyos-. Un pobre viejo solo y desgraciado.

“Le atacó la mamá triste –pensó Manolo-. La llorona.”

-No te salgas del rincón donde empezó tu existencia –dijo Josema Regoyos: y alzó un dedo-: Martín Fierro.

-Vaca que cambia e´querencia se atrasa en la parición –dijo Manolo.

Josema Regoyos lo miró perplejo.

-Pensé que eras sólo un triste pituco –dijo-. Un niño bien.

-Lo soy –dijo Manolo.

-Los niños bien no leen libros –dijo Josema Regoyos.

-Yo sí.

Manolo volvió al hotel al otro día. Volvió cansado y harto, sin saber qué explicar. Sabía que la Señora Mayor lo estaría esperando en el vestíbulo –después de pasarse toda la noche despierta, en una duermevela forzada- y allí estaba nomás la Señora Mayor: su madre.

-Un día me matarás de un susto –dijo.

No parecía asustada. Miró alrededor y palpó y saboreó la expectación ajena. La muchacha judía miraba a Manolo desde la frágil distancia de los cortinados que daban al salón.

-¡Los hijos! –dijo la Señora Mayor-. ¡Qué cruz!

Separó los brazos y después los cerró, con las manos juntas, una sobre otra, contra el pecho.

-Voy a dormir –dijo Manolo-. No he dormido en toda la noche.

Camino del ascensor sentía en la nuca la mirada alerta y triunfal de su madre: la húmeda mirada sometida y confiada de la muchacha judía. En el

ascensor Manolo se miró en el espejo: un espejo acribillado de manchas de azogue: su imagen imperfecta se retorció en el cristal: un espejo ordinario y viejo: un espejo carcomido y sucio: Manolo se vio sucio y carcomido en el espejo. “Yo también estoy loco”, pensó.

En su habitación, después de cerrar la puerta con dos vueltas de llave Manolo abrió El Cuaderno. Vaciló antes de escribir. La mano que sostenía el lapicero –la derecha- le temblaba. Después de un rato de mirar la hoja en blanco, despacio, esforzándose en lograr una aceptable caligrafía, escribió:

“Anoche fue la noche más completa y más triste de mi vida. Una noche de aventuras y miedo metafísico. Me emborraché y forniqué. Unos hombres me golpearon y otros, iguales sólo que más duros, más bestiales, me llevaron detenido. Nos. Josema Regoyos iba conmigo. No sentí miedo en ningún momento: ni a los golpes ni al húmedo piso del calabozo. El miedo era a otra cosa: a mí mismo tal vez. Es posible que ya sea un hombre. ¿Es posible? ¿Será también lo mío una educación sentimental? Vaya mierda. En este momento me duelen los huesos y la cabeza, las manos me tiemblan. Creo que además la vieja ha empezado a dejar de quererme: desconfía de mí como desconfió de mi padre. Ya me parezco demasiado a los otros Téllez, también la vieja se ha dado cuenta. Me parezco demasiado a los otros, los ancestros, la sangre envenenada: también yo debo estar loco.”

-Brindemos por Leonor –dijo Josema Regoyos-. Ahora la llaman la Señora Mayor.

Josema Regoyos y Manolo chocaron los vasos.

-Yo pude casarme con tu madre –dijo Josema Regoyos-. Me quería.

Sentimental de puro borracho –el vermouth había dejado paso al whisky: el whisky tenía (dijo Josema) de whisky sólo el nombre. Cada trago era como un fierrazo en la cabeza- Manolo golpeó blando, con la mano abierta. Josema agradeció el golpe, la caricia, con el esbozo de una sonrisa.

-Claro que en ese caso vos no habrías nacido –dijo Josema Regoyos-. En el fondo mi enorme fracaso es mi mínimo triunfo de este instante. La vida siempre compensa, aunque sea con una pobre victoria póstuma, al perdedor. Como una limosna, ¿entendés? Si yo me hubiera casado con Leonor hoy no estaríamos aquí los dos borrachos. Yo te he conocido, te he tocado. Tu padre ni eso. El señor juez Odúber Téllez. El ganador. El loco.

Josema Regoyos le apuntó a Manolo con un dedo. Cerró un ojo para apuntar con precisión: para apuntarle al Manolo verdadero, no a su exacto fantasma que sonreía a su lado: también Josema Regoyos tenía fantasma, pero Manolo no quería saber cuál era cuál.

-Si yo me hubiera casado con tu madre vos no existirías.

Habían cambiado de café. Ya diez veces -¿mil?- habían cambiado de café. Ahora era un cafetucho opaco y oscuro, con en las paredes viejas pinturas de soles vencidos y lunas verdosas de orín.

-Manolo –dijo Josema Regoyos: de golpe estaba solemne-. Necesito tu ayuda.

Josema Regoyos envejecía a cada segundo: una arruga más en la cara cada vez que parpadeaba: un poco más cerca de la muerte por cada bocanada de humo que tragaba y exhalaba. Hubo un momento (nunca sabría ya si fue antes o después), en que Manolo sintió que estaba en compañía de un cadáver.

-¿Ayuda? –preguntó Manolo.

Espió la cara de Josema Regoyos: las dos caras.

-¿Con mi madre? –Manolo sonrió triste ante la absurda posibilidad-.

¿No querrás que yo?

Josema Regoyos sacudió con violencia la cabeza.

-No –dijo-. Ya es tarde para eso.

Miró a Manolo con algo que a Manolo le pareció una ternura de padre frustrado. Y había acertado. Josema dijo:

-Pudiste ser hijo mío –Josema movió una mano en ademán de disculpa-. Pude tener un hijo como vos. Por eso te pido que me ayudes.

-Lo que digas –dijo Manolo.

-Es la condesa –dijo Josema Regoyos-. Voy a asesinarla.

Antes, entre el quinto boliche y el sexto, o entre el décimo y el centésimo, entre el whisky número cuarenta y el cuarenta y uno (o entre el cien y el mil), entre uno y otro cualesquiera del millón de abrazos borrachos que juraban amistad eterna, Josema Regoyos y Manolo Téllez habían encontrado a las dos mujeres. El “Bugati”, no ellos, las había encontrado y conquistado.

Estaban las dos en la acera, sosteniéndose uno a otro y Josema Regoyos miraba el cielo. Había estrellas en el cielo: un cielo azul ambiguo: las estrellas formaban un dibujo que Manolo no pudo identificar con ninguna constelación: el dibujo parecía una mano empuñando un puñal. Lo que Josema Regoyos dijo de golpe a su lado lo sobresaltó:

-Algún día la mataré –dijo.

Manolo se apartó de él y Josema cayó hacia un costado y golpeó en la pared.

-La mataré –dijo Josema-. Me ha destruido.

Manolo ya había visto a las dos mujeres mirar el coche: una de ellas acariciaba la trompa poderosa del “Bugati” con el mismo amor deslumbrado con que acariciaría, quiso adivinar Manolo, un falo descomunal.

-Vamos –dijo Josema.

Se acercaron.

En Montevideo Manolo siempre había temido a las mujeres. Tal vez, pensó, creyó, volvería a temerles cuando regresara. Pero ahí en Europa se

sentía distinto, era como si los aires de Europa le dieran un coraje que nunca había tenido. Por un instante Manolo pensó en la muchacha judía, en esa especie de miedo fuera de lugar y tiempo (descentrado y anacrónico) que lo invadía cada vez que sentía en él los ojos de la judía.

Josema Regoyos hablaba en veloz italiano con las dos mujeres. Manolo sonreía un paso detrás. Una de las mujeres se le acercó y le habló en italiano. Era una mujer ya entrada de tiempo en los treinta, con una mirada apagada que entristecía su sonrisa.

-Non capisco –dijo Manolo-. Non parlo italiano.

-E uruguaiano –dijo Josema.

La mujer rió.

-Uruguaiano? –preguntó

-Ma ché cosa é, uruguaiano? –dijo la otra.

-Vamos a voltearnos a estas dos descendientes de Garibaldi –dijo Josema.

Guiñó un ojo y después se volvió a las dos mujeres. Habló en un susurro que Manolo no se preocupó por descifrar.

Casi al otro segundo ya estaban los cuatro en el coche y el coche corría más arriba de ochenta, de cien, hacia las afueras. Manolo pensó, como desde lejos, que era posible que se mataran. No le importaba y se rió. Iba sentado en el asiento trasero y una de las mujeres iba con él.

Algo dijo la mujer en italiano: algo preguntó.

-Estoy borracho –dijo Manolo.

La mujer se puso a acariciarlo justo antes que Manolo cerrara los ojos. Era una mujer pequeña y fornida, más joven que la otra: la de la triste sonrisa.

Poco más tarde Manolo estaba en una cama con la mujer. Del otro lado de la pared venían los quedos murmullos de Josema y la otra. Tirado en

la cama, con los ojos cerrados siempre, Manolo se dejó hacer cosas. La borrachera hacía que el techo y las paredes de la pieza en penumbra giraran alrededor, del lado de adentro de sus ojos cerrados.

La mujer gemía y suspiraba y decía cosas que Manolo adivinaba obscenas. Tenía los ojos muy grandes y oscuros, la mujer, y nunca tuvo un nombre, nunca lo tendría: Manolo había olvidado el nombre que la mujer le dijo no bien la mujer se lo había dicho.

De nuevo en el viento de fuera, ya sin las mujeres, Josema Regoyos habló con esa satisfacción vulgar y soez en que se complacen, pensó Manolo, muchos montevideanos acostumbrados a los lujos, a la buena vida y a las falsas cortesías de las reuniones burguesas de familias:

-La mía tenía un buraco así de grande entre las piernas –dijo-. Era como meterla en una cacerola.

Manolo sonrió.

Caminaban. Josema Regoyos había decidido dejar allí el “Bugati”. Allí: en las afueras, frente a la puerta de un hotelucho que surgía como un mal presagio en la encrucijada de dos caminos polvosos. Allí habían fornicado. Allí se habían quedado, a dormir, las mujeres.

-Caminemos –dijo Josema-. Sé de un lugar por aquí cerca que a esta hora casi siempre sigue abierto.

De nuevo sosteniéndose uno a otro caminaron. Manolo sentía que la borrachera se despejaba y temía que la lucidez lo lastimara.

-Por fin –dijo al fin Josema.

Señalaba una luz a un centenar de metros.

-Allá es –dijo.

Con una copa ambos ya en la mano Josema miró fijamente a Manolo: lo miró con ojos brillantes y escrutadores, de los que había desaparecido todo rastro de borrachera.

-¿Vos sos valiente? –preguntó.

-¿Para qué?

-Para matar.

Manolo no contestó. Los ojos de Josema de nuevo estaban borrachos.

-Yo sí lo soy –dijo Josema-. Este país violento y absurdo me ha hecho descubrir mi valentía.

Del otro lado del mostrador había un retrato enmarcado del Duce.

Después de hablar Josema lo miró. Lo miraba todavía cuando habló de nuevo:

-Lo más terrible es que hay una estética detrás de toda esta locura –dijo-. Las camisas pardas, el paso marcial, los cantos solemnes.

Miró a Manolo.

-Tu madre me dijo que de aquí se iban a Alemania.

Manolo asintió.

-Allí lo verás mejor –dijo Josema-. O peor. Los italianos están todos medio locos y no se toman en serio. Pero los alemanes... No me gustan los alemanes. La condesa es medio italiana y medio alemana. Cuando se enoja conmigo grita en alemán. Yo no le entiendo nada pero igual me hace daño. Es un idioma maligno, el alemán.

Cuando se arrancaba de un sueño bestial en que unos seres medio hombres medio pájaros inmundos hablaban en un alemán que la propia sabiduría secreta del sueño había inventado, al otro día, ya cerca del atardecer, con la sensación de flotar en una sustancia sucia y pegajosa, mientras esperaba, haciendo girar el vaso entre los dedos, que se disolvieran en el agua los dos “alka-seltzer” que su madre (¿quién si no su madre?), previsora, le había dejado sobre la mesa de luz, Manolo recordaría, en una especie de bruma, la última parte de la noche.

Antes de entrar al café donde se cerraría la aventura Josema Regoyos había dicho:

-Ésta es una cueva de fascistas –había sonreído-. Ahora verás si soy o no valiente.

Antes todavía, en distintos cafés y por las calles (sonriendo los dos amistad eterna por encima de las mesas de los cafés y apoyados uno en otro en un equilibrio con algo de milagroso por las calles: como dos ciegos que se ayudaran mutuamente a no tropezar), Josema había contado su plan de asesinato. Entusiasmado por el alcohol Manolo había sugerido variantes y preguntado detalles. Estaban ya en la cueva de fascistas, en la recalada final cuando decidieron que el plan era perfecto.

Ahora, después de los alka-seltzer y una ducha, mientras bebía una taza de té humeante en el salón del hotel, Manolo comprendió que el plan era descabellado.

Esa noche, a las diez en punto, Josema haría entrar a Manolo al palacio por una ventana. Para entonces la condesa ya estaría muerta. Entre los dos causarían diversos destrozos en el palacio como para dar a entender la visita de unos ladrones furiosos. Después Manolo golpearía a Josema en la cabeza con algún objeto contundente y lo ataría de manos y pies lo mejor que pudiera. Amordazado lo dejaría tirado en el piso del salón (sobre la mullida alfombra mejor, para que Josema no pasara frío) y se marcharía por el mismo lugar por el que había entrado. Al otro día, a las ocho en punto de la mañana, llegaría la sirvienta y encontraría el cadáver de su dueña, a su dueño atado y golpeado.

-Nadie podrá sospechar de mí –había dicho Josema.

En aquel café había un gato: un café cualquiera, cualquier gato: negro: Josema lo acariciaba: el gato había ido a sus pies no bien Josema llegar

y Josema lo había puesto en la mesa: el gato se lamía sobre la mesa, entre los vasos.

-Mañana de tarde me voy a encargar de hacer desaparecer algunos de los objetos más valiosos de la condesa –había dicho Josema-. Sé dónde esconderlos. Vos tendrás que llevarte sus joyas y tirarlas al Tíber. Es una pena, pero qué le vamos a hacer. No puedo hacerlas desaparecer antes porque sería peligroso. A la condesa le fascina mirar sus joyas y probárselas. Aunque nunca las saca de la casa.

Josema Regoyos había sonreído con crueldad.

-Le tiene miedo a los ladrones –había dicho.

En el salón Manolo miró la hora en el reloj de pared. Eran ya las ocho. En dos horas debía estar en el palacio de Josema. “Aunque no se atreverá –pensaba-, se dará cuenta igual que yo que es un plan descabellado y no lo hará.”

Sin embargo esa mañana, al despedirse en la puerta de la comisaría, Josema Regoyos le había dicho:

-Hoy a las diez. No me falles.

Y ya Josema no estaba borracho.

Manolo sintió que tenía miedo. “Puro disparate”, pensó. Quería tranquilizarse. “No voy a ir –pensó-, cosas de borrachos.”

-Ahora vas a ver –dijo Josema.

Bebió de un trago el whisky y se puso de pie: Manolo y él se habían sentado en una mesa junto a la ventana y miraban afuera, una calle desierta con una sola luz sucia a lo lejos.

El primero en ver a los hombres que venían fue Manolo. Eran siete u ocho hombres, vestidos de oscuro, con el pelo cortado muy corto y las manos enguantadas. Manolo los vio del otro lado de la ventana y señaló.

-Vienen para aquí –dijo Josema.

Y después:

-Ahora vas a ver.

Entonces se puso de pie.

Los hombres entraron. No había nadie en el café aparte de Josema y Manolo. En las paredes profusión de retratos de Mussolini y carteles con el puño apretando el haz de espigas. El dueño del bar, que atendía detrás del mostrador, se parecía bastante a Mussolini. Al llegar, Josema había hablado con él en italiano y los dos habían reído. Ahora el hombre estaba muy serio y miraba casi con alarma a los que entraban.

De pie, sosteniéndose con el hueso de la cadera contra el borde de la mesa, Josema levantó un brazo, cerró el puño y empezó a cantar con voz quebrada.

Los tipos de oscuro lo miraron intrigados por un instante. Manolo no sabía qué era lo que Josema cantaba. Lo supo después, cuando ya estaban los dos en el calabozo: era La Internacional.

Uno de los tipos se acercó a Josema y le tiró un puñetazo a la cara. Josema esquivó a medias el golpe y trató de agarrar una silla. Se cayó. Ya los otros tipos estaban encima de él. Uno lo pateó.

Manolo se echó contra el tipo que tenía más cerca y el tipo lo tiró lejos de un manotazo.

Desde el suelo, antes que empezaran a golpearlo, Manolo vio que el dueño del bar hablaba muy excitado por teléfono y hacía ademanes.

Los carabinieri aparecieron pocos minutos después y dispersaron a golpes de palo y empujones a los tipos de negro: suaves palazos como caricias cómplices, empujones casi deferentes: como si todo fuera una broma de amigos, un juego de manos. A Manolo y a Josema les pegaron con más saña, se los llevaron a empujones y los metieron en un calabozo de los sótanos de la comisaría más cercana. Antes, les quitaron todo lo que llevaban en

los bolsillos y los hicieron firmar en unos impresos. Josema parecía triunfal: sonreía con la mitad de su cara tumefacta.

-L'internazionale, ah? –preguntó burlón el oficial de guardia- Mascalzone, idiota!

Josema sonrió.

-Estamos borrachos –dijo-. Non siamo italiani.

El oficial de guardia escupió al suelo junto a los pies de Josema.

Ya en el calabozo, Josema dijo:

-No te preocupes. En unas horas nos largan. No pasarán parte ni nada. Sé cómo es esto.

Manolo no sintió miedo en ningún momento, ni siquiera cuando la borrachera ya había desaparecido.

-Lo único que lamento es que no haya whisky –dijo.

Era cerca del mediodía cuando los soltaron.

-¿Viste? –dijo Josema al salir.

Sonrió a Manolo y le guió un ojo.

-Se asustaron cuando les dije dónde vivía –dijo-. Seguramente comprobaron. La condesa es amiga personal del conde Ciano.

Se quedaron un momento mirando la calle.

-Hoy a las diez –dijo Josema-. No me falles.

Dos minutos antes de las diez Manolo empezó a subir la última de las varias escalera (de piedra) que llevaban al palacio donde vivía Josema. Manolo estaba agotado: tenía la sensación de haberse pasado la vida subiendo largas escaleras de piedra de siglos.

Sin saber por qué estaba allí, sin siquiera atreverse a pensar o inventar cualquier motivación coherente (en el hotel, así de fácil, había agarrado un abrigo y unos billetes y sin despedirse de nadie había salido: eran las nueve:

a pie, perdiendo y encontrando el camino cada dos o tres esquinas había llegado al palacio), Manolo esperó.

Sonaron a las diez en un campanario no lejano. Sonaron desde arriba, graves y con ecos, haciendo volar palomas: Manolo vio las palomas, noctámbulas perdidas, que volaban en giros contra el cielo negro, encima de su cabeza. Después, cuando el último eco del último golpe de campana murió, las palomas empezaron a volver, a fuertes golpes de ala, hacia el campanario invisible que las cobijaba.

Las diez y media sonaron con un solo campanazo. Y las once: las palomas volaron otro instante su aterrada soledad sobre la cabeza de Manolo y de nuevo se perdieron.

Con una renuente sensación de alivio Manolo se despegó de la sombra del muro y caminó los seis pasos que lo separaban de la puerta del palacio. Caminó con ruido, despreocupado, y golpeó en el roble de la pesada puerta con el aldabón de bronce. El aldabón era una cabeza de león gastada por miles de manos prepotentes o amistosas. Manolo golpeó tres veces en la madera y esperó. La puerta tardó en abrirse. Manolo oyó pasos afelpados como los de un gran gato desmañado, en seguida un sonido a candados en la puerta. Una mirilla se abrió delante de su cara.

La cara del otro lado era monstruosa. Manolo había visto parientes cercanos de esa cara en las gárgolas pavorosas de algunas iglesias barrocas.

-El señor Regoyos –dijo Manolo.

-No está –dijo la cara.

Habló un español trabajoso. La voz era femenina, casi dulce: una voz que no encajaba con la cara que la emitía.

-Gracias –dijo Manolo.

La cara se lo quedó mirando en la tibia penumbra.

-Yo soy su esposa –dijo.

-Encantado –dijo Manolo-. Yo soy Manuel Téllez.

-¿Quiere pasar? –dijo la cara-. Tal vez no demore.

Tenía una voz hermosa, la condesa. Un acento cantarín.

-No, gracias –dijo Manolo.

Había notado una premiosa ansiedad en la voz suave y dulce de la condesa. “Solo allí con este monstruo”, pensó. Sintió piedad por Josema Regoyos.

-Pasaba, nada más –dijo.

-Una pena –dijo la cara.

La mirilla se cerró. Manolo esperó un instante, para escuchar alejarse los pasos afelpados: y nada escuchó. Aterrado, se dio cuenta que la condesa aguardaba, váyase a saber qué, pegada ahí a la puerta.

Manolo se apartó de la puerta del palacio y se alejó escaleras abajo casi huyendo. Sus pasos resonaban en la piedra.

En el vestíbulo del hotel Manolo se encontró a la muchacha judía.

Sintió los ojos de la judía encima de él al ir a conserjería a retirar la llave. Nervioso, esperó que el italiano de detrás del mostrador terminara el bostezo, se levantara, agarrara su llave del casillero y se la entregara.

La muchacha judía se había acercado.

-Ay, Manolo –dijo.

-Es Leonor –dijo la muchacha judía-. Me tiene preocupada. Sigue sin querer hablar.

-Mejor para todos –dijo Manolo.

Hacía saltar la llave en la mano.

-Sos cruel –dijo la muchacha judía-. Es tu hermana.

-Por desgracia –dijo Manolo.

En los ojos de la judía, veía, había algo más que preocupación y sueño. Había como una callada invitación, un leve ruego.

-Te invito a un vermouth -dijo Manolo.

La muchacha judía sonrió.

-Ay, gracias.

-Con una condición –dijo Manolo.

La muchacha judía cambió de lado la sonrisa: antes sonreía con la parte derecha de la cara: ahora con la parte izquierda.

-¿Qué condición? –preguntó.

-Que no hables.

En El Cuaderno Manolo escribió:

“La muchacha judía es tona y cursi. Hoy por primera vez estuvimos solos largo rato. No hablamos una palabra. Nos miramos. Sin duda la judía tiene un buen cuerpo, firme y suave. Lo imagino, lo sé tibio y ofrecido. Sus ojos parecen no formar parte de ella: son inteligentes. Tiene una mirada tranquila, confiada y sumisa al mismo tiempo. Algo (todavía no sé qué) me aterra en esa mirada. La judía parece demasiado segura de su triunfo, sea cual sea: una victoria que busca sin pausa y que yo temo imaginar”.

“Hace años oí un cuento sobre los indios kiowas: para conseguir caballo lo que hacían era elegir de la manada salvaje el que más les gustara, apartarlo a pedradas y seguirlo, hora tras hora y día tras día, a pie, durante leguas y leguas. Por astucia y experiencia los kiowas conocían a qué lugares se dirigiría el animal y allí iban ellos detrás. El caballo, espantado, huía al verlos llegar. Así a lo largo de días. Hasta que al fin, vencido por cansancio, acostumbrado a la maligna e inevitable presencia del perseguidor, el caballo se entregaba.”

11)

La última anotación romana en El Cuaderno era así de breve y escueta: “Hoy de nuevo Leonor trató de matarse.”

Ya era el último día en Roma.

Leonor se reponía del suicidio sentada en la penumbra vacía del vestíbulo del hotel.

La Señora Mayor hacía que hacía crochet contando y descontando uno a uno los puntos con los labios.

Desde el bar Manolo veía a las dos mujeres y sonreía. Iba por el tercer vermouth. Al regreso, pensaba, habría que internar a Leonor en alguna clínica. “Es el destino de la familia –se dijo-, somos carne de manicomio.” Pensó que tal vez la frase sirviera para El Cuaderno: “Los Téllez siempre han sido carne de manicomio.”

Lo de Leonor, ahora, había sido ya grave. Ni siquiera había un hombre de por medio, ningún fracaso. Al regresar de un paseo Leonor había pisado un charco en la calle y se había enfangado el vestido. Hacía días que no hablaba: y en ese momento tampoco lo hizo: no dijo ninguna palabra inteligible: sólo gritó un quebradizo alarido y corriendo, con el grito en ella todavía, se perdió entre las calles en dirección al hotel. Manolo la vio de lejos antes de doblar la última esquina. La vio resbalar en la humedad, caer y levantarse.

-Síguela –dijo la Señora Mayor-. Vamos, síguela.

Manolo corrió detrás de su hermana. Pensaba: “Maldita loca de mierda.” La encontró en el bar del hotel. Estaba, Leonor, de pie frente al mostrador y bebía agua en un gran vaso. El coctelero, un tipo bajito y ruin, que siempre estaba mascando un palillo (y que preparaba los peores cócteles de

Roma entera, según creía o imaginaba Manolo, que nunca en la vida había probado un cóctel) miraba con una sonrisa entre abúlica y atontada, desde detrás del mostrador, a Leonor.

Pálida, Leonor terminó el gran vaso de agua y se volvió a Manolo. Lo miró con una sonrisa ebria, cobarde.

-Mirá –dijo.

En la mano tenía vacía la caja de lata de las píldoras de la Señora Mayor. Eran píldoras contra el mareo, siempre exactas en su inutilidad.

-Me las he tomado todas -dijo Leonor-. Voy a morir.

La perspectiva no parecía entusiasmarla. Tenía la sonrisa, pero las comisuras de sus labios subidos temblaban en una especie de vértigo, a punto de caer y congelarse, doblegadas, en el más definitivo de los fracasos.

-Nadie se muere por eso –dijo Manolo.

-¿Ah no? –dijo Leonor-. Ya vas a ver.

Y cayó al suelo. El vaso se estrelló en la baldosa y una astilla de vidrio hirió un surco sangrante en la mejilla de Leonor.

El coctelero escupió el palillo después de hacerlo viajar, dos veces, de colmillo a colmillo y llamó por teléfono al médico del hotel.

Allí mismo, en el bar, protegidos los dos (y la precipitada, inventada enfermera: una de las mucamas: una chica rubia y alta con guarnición de oro en los dientes: una mujer tosca y firme que a Manolo le gustó con sólo verla) detrás de la cortina de un reservado, el médico le hizo un lavaje a Leonor.

El médico salió del reservado y recorrió la cortina. Con una sonrisa infatuada Leonor respiraba haciendo ruido, sentada derecha en una silla con brazos.

El médico guardó sus cosas en el maletín negro que llevaba, alzó los brazos y los separó. En italiano dijo:

-Pobrecita. ¡Ah, las mujeres!

Cobró sus quinientas liras y se marchó sacudiendo la cabeza.

Leonor tuvo vómitos por la noche y el día siguiente, el último en Roma, lo pasó, muy pálida, sin salir del hotel. Jugó (mal jugó) horas al ajedrez con la judía: esta vez, ninguna de las dos reía.

Manolo salió a pasear con su madre.

Al pasar por detrás de la muchacha judía Manolo sacó la lengua.

Leonor, que estaba enfrente y había visto, sonrió. Se rió.

-¿De qué te ríes? –preguntó la muchacha judía.

-De nada –dijo Leonor.

-Vamos a tener que tomar medidas –dijo la Señora Mayor-. Pienso que habrá que internarla. Encerrarla.

-Si te parece...-dijo Manolo.

Paseaban los dos, agarrados del brazo, por la vía Véneto.

Hacía sol.

Era ya casi la anochecida y el sol, como negándose a morir, ardía todavía tocando el horizonte.

-La atacó el mal de la familia –dijo la Señora Mayor-. Es la sangre de tu padre. Sangre de locos. Sangre envenenada.

-No digas eso, mamá.

-Tu padre murió loco. Y tu tío Recaredo. Y otros tantos. Y la pobre Carlota encerrada todavía. Ya nunca volverá a salir –repuso la Señora Mayor.

Paseaban del brazo.

En cada esquina había un café con mesas en la acera. Andaban entre las mesas.

-Tu abuelo fue loco y asesino. Mató a su mujer –dijo la Señora Mayor-. Y el pobre Odúber, tu padre. Qué lástima. Un hombre tan inteligente.

Manolo miraba el sol deseando que se escondiera. Tenían el sol delante, el solazo moribundo.

-Por suerte tú sales a mí –dijo la Señora Mayor-. Cuando yo muera te harás cargo de la pobre Leonor, la cuidarás. Gracias a Dios he sabido ahorrar e invertir. Los dos cobrarán una buena herencia. Aunque...

La Señora Mayor tironeó del brazo de Manolo. Dejaron de pasear. Estaban entre dos mesas llenas de gente sudada que hablaba italiano a los gritos.

-...de haber sido por tu padre –dijo la Señora Mayor-. Te nombraré albacea testamentario, Manolo, o como se llame. Espero vivir por lo menos hasta que cumplas la mayoría de edad.

-Mamá –dijo Manolo.

Tu padre se quejaba –dijo la Señora Mayor-. Se quejaba todo el tiempo.

La Señora Mayor imitaba el chillido ya loco del juez loco.

-“Todo te lo compras en tierras”, me gritaba –dijo (gritó) la Señora Mayor-. Sí, señor. Tierras que mi padre había comprado y que mis hermanas hubieran dilapidado. Metro a metro las compré, año a año. A mis propias hermanas. Ahora todas con mías. Cientos de cuerdas. Tu padre me decía que estaba loca. Me acusaba. El loco era él. ¿Cuánto valen ahora esas tierras? Mías, metro a metro. ¿Qué sería de ustedes, hijos míos, de no haber sido por mí?

-Mamá –dijo Manolo.

La Señora Mayor despertó. Salió del encantamiento: la gloriosa pesadilla de su vida.

-¿Qué?

La Señora Mayor parecía enojada. Fruncía las cejas, se calaba los lentes para mirar mejor a Manolo. Con la nariz ganchuda hacia abajo y los

omóplatos subidos como crestas de ala parecía un astuto pájaro viejo y carroñero, sabio de puro esperar.

-¿La judía va a seguir con nosotros, mamá? –preguntó Manolo.

-¿Qué hay de malo?

-Me persigue, mamá.

-¿A ti? –la Señora Mayor hizo un gesto de desprecio-. Qué más quisieras.

Josema Regoyos tenía algo de fantasma. Manolo lo supo la última noche en Roma, al verlo en la luz dorada del vestíbulo, apoyado en una columna, con los brazos quietos a lo largo del largo cuerpo encogido. “Tiene algo de espectral, sin duda –pensó Manolo-, algo de aparecido.” En la suave luz dorada, en la distancia, Josema Regoyos tenía un aire de cosa evanescente y fugaz.

Manolo bajaba a comer. La Señora Mayor se había quedado en la pieza a vigilar la fiebre y los vómitos de Leonor. (La muchacha judía había pasado la mañana entera de paseos y fotos, por la tarde había jugado al ajedrez con Leonor y después había subido a su pieza a ducharse: había comido temprano y ya estaba en la cama: Manolo la imaginó sin esfuerzo, vestida con un camisón con flores de pésimo gusto.)

Manolo había pensado tomarse un vermouth antes de comer. En cambio, se tomó un par de whiskies (ahora el whisky sí era genuino), con Josema.

-Vine a decirte adiós –dijo Josema-. Hasta pronto. Pienso volver a Montevideo para el verano. El verano de allá, claro.

Josema estaba borracho. Manolo pensó si alguna vez estaría sobrio, si podría existir fuera de ese limbo borroso y celeste de la eterna borrachera. Con lentos movimiento (que ahora Manolo comprendía que no se debían a

ningún fatuo prurito de elegancia sino a pura cautela) Josema bebía y fumaba.

-La otra noche fui al palacio –dijo Manolo.

-Oh.

Josema balanceó con lástima la cabeza.

-No pensé –dijo.

Puso a Manolo una mano pesada, tibia y torpe en un hombro.

-Sos valiente –dijo-. Y un gran amigo.

-Vi a la condesa –dijo Manolo.

-Entonces te habrás dado cuenta –dijo Josema-. Yo amo la belleza. Y aquello...

Tragó whisky y suspiró con calculada paciencia.

-Tener que convivir día a día con aquello –dijo: suplicaba-. ¿Te das cuenta?

Manolo asintió sin ganas.

-Es un castigo divino –dijo Josema-. La condesa era hermosa cuando la conocí. Fue una mujer muy hermosa.

Había moscas rondando la mesa. Josema las espantaba moviendo aire con una mano.

-Tiene una enfermedad, la condesa. Una enfermedad terrible.

Sus ojos buscaron compasión en los ojos de Manolo y la obtuvieron: Manolo se esforzó para que la obtuvieran.

-Elefantiasis –dijo Josema-. Una especie de lepra. Pobre mujer.

Josema llamó por dos whiskies más y esperó en silencio un minuto largo. Distráido espantaba las moscas con la mano. Los whiskies llegaron a la mesa.

-Se mira al espejo y llora –dijo Josema-. Se pone todas sus joyas, se pasea entre los espejos y llora. En el palacio hay un cuarto con las paredes

cubiertas de espejos. Antes la condesa iba allí todos los días a gozar de su belleza. Se paseaba desnuda, cubierta por sus joyas. Ahora sigue yendo, día a día, a sufrir su espanto.

-No entiendo –dijo Manolo.

-Las visitas al cuarto de los espejos se convirtieron en rito. Es imposible escaparse de la pasión ritual. Pero ahora ya no se pasea desnuda. No se atreve. Nunca se desnuda. No se baña.

La Señora Mayor rescató a Manolo de la triste borrachera de Josema Regoyos: su ritual.

-¿Vienes a comer? –preguntó.

Manolo asintió y terminó de un trago lo de whisky que quedaba en su vaso.

La Señora Mayor había saludado a Josema con una cordialidad distante. Josema se había puesto de pie para saludar y después de una corta reverencia seguía de pie, con penosa indecisión.

-Hora de irme –dijo al fin.

Produjo una risita forzada.

-Nos veremos en Montevideo –dijo.

Manolo y la Señora Mayor lo dejaron en el bar, de pie junto a la mesa. Desde la puerta Manolo lo miró: Josema había agarrado su vaso y, de pie, bebía. Con fantasmales pasos cautelosos se dirigía vaso en mano al mostrador.

(Tampoco Josema Regoyos volvió nunca a Montevideo. Pocos meses después de despedirse –para siempre, sin saberlo- de Manolo, repitió la broma de La Internacional y el puño en alto en una concentración fascista. Lo mataron allí mismo, a puntapiés y puñaladas. La condesa lo sobrevivió apenas semanas. Con sus propias manos hizo lo que Josema no se había atrevido a hacer. Se colgó. Desnuda, con todas sus joyas encima, la encontraron

colgada de una viga en el cuarto de los espejos: un millón de monstruos muertos.)

-Parece que te has hecho muy amigo de Josema –dijo la Señora Mayor-. No es gente para tener de amigo.

-¿Por qué decís eso?

-Es un consejo, nada más.

La Señora Mayor echó azúcar en su café y lo revolvió lentamente, sin mirarlo. Habían comido tallarines con una salsa espesa y Manolo sentía una especie de cálida modorra. Le hubiera gustado, pensaba, echarse en seguida a dormir.

-Me dijo Josema que está enamorado de ti –dijo-

La Señora Mayor enarcó las cejas.

-Todavía –dijo Manolo.

-Macanas –dijo la Señora Mayor.

Era una palabra que nunca usaba. Manolo, por lo menos, nunca se la había escuchado. La miró: en la mirada de la Señora Mayor refulgía el orgullo.

-Dijo que pudo casarse contigo –dijo Manolo-. Que vos lo querías.

-¿Qué?

La Señora Mayor se indignó. En sus ojos dejó de brillar el orgullo. Ahora los ojos brillaban, ardían de pura cólera.

-Dijo que elegiste al juez por conveniencia –dijo Manolo-. Pero que lo querías a él.

La cólera desapareció en un segundo apenas de los ojos de la Señora Mayor. Ahora había tristeza en su mirada.

-Pero si Josema era un niño –dijo-. Siempre lo vi como a un niño. Un adorno, una cosa sin vida, bella e inútil.

Las manos de la Señora Mayor se aquietaron, abiertas, los dedos separados, en la mesa.

-Yo sólo quise a un hombre en mi vida: tu padre –dijo-. Para bien o para mal. Sólo a él lo quise. Que quede bien claro.

-Claro –dijo Manolo.

-Pobre Josema –dijo la Señora Mayor-. Qué vida horrible debe ser la suya, imagínate. Tener que fraguar esas absurdas mentiras.

La muchacha judía se fue a despedir de los Téllez, los tres, a la estación de ferrocarriles. Ahora el tren llevaría a los Téllez a través de Italia y Suiza hasta Alemania.

-Bien –dijo la muchacha judía-. Que se diviertan.

Los nazis no dejaban entrar judíos a Alemania. Manolo, que no entendía de política, les agradecía la deferencia.

-Adiós, querida –dijo la Señora Mayor.

Con ternura verdadera la Señora Mayor besó a la judía en una mejilla.

-Chau –dijo Leonor.

-Escribe –dijo la Señora Mayor.

-Mamá, por favor, ni que nos fuéramos al fin del mundo –dijo Manolo.

La judía, desde el andén, sopló besos. Sus grandes ojos acuosos fueron lo último que vio Manolo de ella. “Y espero que para siempre”, pensó.

12)

En El Cuaderno Manolo recordó a Suiza.

Puso:

“Hemos pasado por el paraíso del queso y el reloj.” Nada más.

Manolo detestaba Alemania ya antes de conocerla. La detestaba su tía abuela, la vieja Gertrudis. Decía la vieja: “Los alemanes tienen todos la cabeza cuadrada. Son gente cuadrada y fea.” Un antepasado materno de Manolo (la familia materna de Manolo era un gran crisol podrido donde la sangre presumiblemente griega de los Grodek se mezclaba con sangre española, italiana, portuguesa, montenegrina y flamenca) había nacido en Baviera. Se llamaba Helmut Fröhlen. Su hija se había casado con el padre de una bisabuela de Manolo y una de las hijas de esa hija se había casado con un primo suyo, hijo de otra hija del viejo Helmut, casada, a su vez, con un sobrino de alguno de los tatarabuelos de Manolo.

Manolo detestaba Alemania.

En München escribió:

“He estado bebiendo cerveza en varias tabernas. En todos lados hay fotos de ese Hitler con su bigotito absurdo. Der Führer. Hay algo en la cara de ese tipo que no me gusta. De todos modos tengo que agradecerle que me haya librado de la judía.”

En Hamburgo, Manolo usó una sola vez, breve, El Cuaderno. Dijo:

“Soy un apasionado. A veces (hoy: ahora) hasta me parece que extraño a la judía, su callada y secundaria presencia de oscura actriz de reparto.”

Fue en Hamburgo, por los célibes pensamientos (en Alemania perseguían a las putas: Manolo, infructuoso, las había buscado días sin encontrarlas), a causa de los fallados deseos genéticos que Manolo escribió la única carta que escribiría en Europa. Su destinatario era un amigo, quizás el único amigo fiel: el Mono Peñalva: un muchacho dos años mayor, que estudiaba medicina y, sobre todo, bebía: había bebido todo lo que Manolo no había bebido hasta conocer París.

En la carta Manolo puso:

“Averiguame con toda discreción si Esther Shalom, la sobrina linda del doctor Shalom, ha estado entreverada alguna vez con algún tipo. Mandame la respuesta por telegrama al “Hotel Achilles” de Atenas. Espero estar allí para diez días a partir de la fecha de esta carta. Y no te preocupes: a la vuelta te pagaré los gastos.”

Al meter la carta en el sobre Manolo pensó: “Es pura curiosidad.” Decía saber, sabía sin embargo, que no era sólo eso: la judía ya se había convertido en obsesión: “Necesito saber de ella –pensó Manolo-, tanto como ella sabe de mí.”

En Berlín Manolo anotó:

“Desfile.”

Y al día siguiente:

“Desfile militar.”

Y al otro día:

“Desfile.”

También un día entre desfile y parada militar:

“Aquí en Alemania las putas son las putas más caras del mundo. ¡Pero al fin! Todas tienen cuarto propio y en la pared la foto siempre, de ese Hitler. De veras: hay algo en esa jeta torva y como yerta que no me gusta. Las putas, a pesar de lo caras, son flojillas. En tres días tres. Ninguna de las tres fue nada especial. Y siempre la foto del sujeto con el bigote. Se parece ¿a quién? ¿A Chaplin? ¿A un Chaplin siniestro y burdo?”

En Berlín la familia Téllez recibió cartas de la judía. Había cata, una, para cada Téllez. Y fotos para todos. La judía estaba en Yugoslavia.

Manolo agarró su carta y se la metió en un bolsillo.

-Léela –dijo la Señora Mayor.

-Es para mí –dijo Manolo.

-Léela, vamos –la Señora Mayor probó la sonrisa de madre condescendiente: era la más fría y cruel de sus sonrisas-. Yo también leeré la mía.

-No me interesa tu carta –dijo Manolo.

-Dame, entonces –la Señora Mayor extendió un brazo: conservaba la sonrisa, ¿la conservaba?: parecía peor que nunca, la sonrisa: más cruel y más fría que nunca-. Yo leeré las dos.

-Esta carta es para mí –dijo Manolo.

-No seas sonzo –dijo Leonor: su sonrisa era una copia en agua rancia de la sonrisa de su madre: una sonrisa con apenas un desmañado vestigio de frío y crueldad-. Mostrala tranquilo, que no habla de amor.

-¿Vos qué sabés? –dijo Manolo.

Se fue.

Las dos crueles y frías sonrisas familiares, la perfecta sonrisa madre y la desangelada sonrisa hija, le fueron detrás. Ya en el ascensor Manolo sentía, todavía, la fría crueldad de las miradas, las sonrisas. “Las dos locas –pensaba-, la madre y la hija. Mi madre, mi hermana.”

En la pieza rompió la carta de la judía en pedazos, sin leerla, y echó los pedazos en el inodoro.

En su Diario sólo puso:

Una maldita carta de la maldita judía.”

Justo un día antes de partir para Grecia la Señora Mayor se puso enferma. Había otro desfile militar y Berlín atronaba de tanques y botas. De cornetas y cánticos.

-Es este país horrible –dijo la Señora Mayor-. No me gusta. Todo son uniformes y desfiles.

Leonor se quedó a acompañar a su madre y Manolo, eludiendo las zonas del desfile, se fue a emborrachar a las tabernas.

En El Cuaderno, con mano borracha, escribió:

“Hoy conocí una puta portuguesa. Me entendí perfecto con ella. No hay diferencia entre el portugués y el español cuando se está lejos del ámbito del idioma. La mujer me cobró la misma tarifa que cualquier puta alemana, pero hoy sí valió la pena. La mujer -¿Teresa? ¿Luisa? ¿Claudia?- lo sabía todo. Además en su pieza no había foto de Hitler. No hay caso: la mujer latina es superior.”

Al otro día los Téllez salieron de Alemania. Manolo se sintió casi feliz al salir de aquel país lleno de símbolos y músicas marciales.

13)

En Grecia Manolo volvió con entusiasmo al pastís, que allí tenía otro nombre: uxo, ouxo o uzzo.

Días seguidos Manolo se emborrachó mañana y noche mezclando uxo con whisky. Sentía que allí, en Grecia, empezaba su ritual de borracheras: ofrenda, sacrificio a un dios envilecido: un dioscito arrastrado, mudo, sordo, ciego, loco...

En El Cuaderno Manolo escribió:

“Me he enterado de algo sorprendente y lamentable: todos los griegos son turcos. El famoso perfil griego ya no existe. Pregunto: ¿habrá existido alguna vez? ¿O sólo fue un sueño homérico? Aquí todos tienen una nariz como un boniato pegado a la cara. ¡Qué gente más fea, Dios mío!”

Con la fecha del día siguiente hubo otra observación:

“Los grequiturcos estos se parecen a los judíos. Son la gente más avara y codiciosa del mundo. Grandes comerciantes.”

El Cuaderno:

“¡La judía, maldita sea!”

Manolo no encontró a la judía en el hotel, esa vez. No la encontró en una taberna y tampoco por las calles o en una plaza dando de comer migas a las palomas.

Manolo puso en El Cuaderno:

“Estaba en el Partenón.”

Allí estaba, entre dos columnas, mirándolo con fijeza de oráculo desde la distancia.

Aquella misma mañana Manolo había recibido la respuesta a su carta desde Berlín. Un telegrama del Mono Peñalva. El telegrama decía: “Ésa nunca ha ido con nadie. Mono.” Manolo, al principio, no entendió de qué se trataba. No se acordó. Cuando se acordó sintió que el rubor le subía por las mejillas, como a una dama pulcra. Hizo una bola con el telegrama y lo tiró a una papelera.

Del hotel salió al Partenón. Y en el Partenón, con la fija mirada de pitonisa, lo esperaba sin esperarlo (¿sin esperarlo?) la judía.

-Hola –dijo la judía.

Su voz tímida resonó.

Manolo jadeaba después del ascenso.

-¿Qué hacés aquí?

-¿Ay, cómo? Nada.

-¿Por qué estás aquí para hacer nada? –preguntó Manolo-. Justo aquí.

-Es un lugar tan hermoso –dijo la judía.

Miró alrededor.

Miró fijo a Manolo con sus ojos de augur con polleras.

-Manolo –dijo-, varios siglos nos contemplan.

-Eso lo dijo Napoleón –dijo Manolo-. En Egipto.

-¿Ay, sí?

La judía sonrió.

-Lo leí en este prospecto –dijo.

Le entregó a Manolo un folleto manoseado. En letras capitulares que imitaban el estilo griego decía: “GREECE. THE SOURCE OF CIVILIZATION.”

Manolo lo hojeó un momento y lo devolvió.

-Me he preguntado muchas veces dónde aparecerías –dijo-. Pero nunca pensé que sería justo aquí.

La judía metió el prospecto en la cartera.

Parecía parte del lugar, la judía. Era como si el Partenón, el cielo griego, el mar debajo fueran un decorado de grandes telones para que la judía se pusiera delante.

-¿La señora? –preguntó la judía- ¿Leonor? ¿Bien?

-Déjame tocarte –dijo Manolo-. Quiero comprobar si de verdad sos de carne y hueso.

Con un dedo Manolo tocó en un brazo a la muchacha judía.

-¿Contento?

Al tocarla Manolo, la muchacha judía se había estremecido. Ahora miraba burlona.

-Adiós –dijo Manolo.

Se fue.

Los ojos de la judía, mansos y fijos como los de una bruja en trance, lo siguieron.

La Señora Mayor y Leonor no estaban en el hotel. Manolo las esperó sentado en el vestíbulo. Hacía calor. Manolo se abanicaba con un periódico doblado.

En media hora rechazó a seis vendedores –tres niños, dos ancianas y un hombre grueso, con una pierna menos y gruesas gafas para sol que hablaba una dulce y mortecina melopea- y dos gitanas adivinas. “Éste es un pueblo pobre –pensó Manolo-. Como el mío, más pobre que el mío”. Sin entusiasmo pensó: “Tengo que acordarme de apunta eso en El Cuaderno. Y agregar: ¿pero es de veras un pueblo el mío? ¿Qué es el Uruguay comparado con Grecia? ¿Montevideo con Atenas? ¿Qué son?” Entre un pensamiento y otro se quedó adormilado. Risas lo despertaron. Risas groseras. Eran turistas yankis. Manolo, soñoliento, los odió de lejos.

Una gringa vieja, con la cámara de fotos colgada entre los senos caídos, se le acercó.

-Are you american? –preguntó.

Manolo gruñó.

Fue al bar y pidió un uxo. Pensaba: “Me gustaría emborracharme.”

Aunque sabía que no podía hacerlo. Hoy no.

Leonor y su madre llegaron poco antes de la cena. Manolo bebía ya el cuarto uxo. Leonor venía radiante.

-Estoy enamorada –dijo.

-¿Sí? –Manolo se burló - ¿No digas?

-Enamorada de Grecia –dijo Leonor.

-No digas cursiladas –dijo Manolo.

-Es verdad –dijo Leonor.

-“¿Qué tiene Grecia que no tenga yo?”, preguntaría dolorido don Jesús Alerce y Gómiz –dijo Manolo.

Leonor sonrió sin rencor.

-Mira que sos bobo –dijo.

La Señora Mayor sonreía también.

-Vamos, Leonor –dijo-. Debemos asearnos antes de comer.

-Dejá que vaya Leonor sola, mamá –dijo Manolo-. Quiero hablar contigo.

La Señora Mayor inclinó apenas la cabeza, suspicaz.

Leonor se encogió de hombros y se fue. Tarareaba una canción griega.

-Está curada, ¿has visto? –dijo la Señora Mayor.

-Nadie que diga que se ha enamorado de Grecia está curado de nada –dijo Manolo.

-Sanará –dijo la Señora Mayor-. Hoy la vi feliz.

-Mamá –pidió Manolo.

-Es una buena hija, pesa a todo –dijo la Señora Mayor-. Fíjate que un vendedor quería embaucarnos con unos pastelitos viejos y yo, como una tonta... pero Leonor lo espantó. Tiene carácter cuando quiere.

-Se rió, en fija, y el pobre tipo huyó –dijo Manolo.

-No seas malo con tu hermana.

La Señora Mayor golpeó a Manolo con algo que llevaba en una mano. Acariciándose la zona dolorida Manolo miró lo que su madre tenía en la mano. Era un abanico.

-¿De dónde sacaste eso? –preguntó.

-Un vendedor –dijo su madre-. Leonor lo compró. Ocho dracmas. Regalado.

-Siempre dijiste que abanicarse era de cursis.

-En Montevideo, que no hace tanto calor –dijo la Señora Mayor-. Pero aquí...

Con un hábil golpe de dedos desplegó el abanico y empezó a sacudirlo ante su cara.

-Mamá.

-Dime.

-¿Te enojarías si me casara?

La Señora Mayor dejó de abanicarse. Con el abanico desplegado entre su cara y la cara de Manolo miró. Por encima del borde de las gafas miró, sus ojos como piedras húmedas por sobre el borde en puntas del abanico.

-¿Con una judía? –preguntó Manolo.

La Señora Mayor plegó el abanico y dejó caer el brazo contra el cuerpo.

-Hoy me ha vencido, mamá. La encontré en el Partenón Fue el golpe decisivo –dijo Manolo-. Ha ganado la partida, mamá. Esta noche misma le pediré que se case conmigo.

-¿Querrá? –preguntó la Señora Mayor.

Parecía que no podía creer que alguien quisiera casarse con su hijo.

-Verás que sí, mamá –dijo Manolo.

Pidió otro uxo. Con el vaso delante murmuró:

-Por desgracia.

La Señora Mayor tornaba a abanicarse.

-Dejá quieto de una vez ese aparato –dijo Manolo.

La Señora Mayor detuvo el ir y venir del abanico y lo plegó. Sonrió.

-Serás un buen marido –vaticinó.

Se puso en puntas de pies para besar a Manolo en una mejilla.

-Siempre y cuando ella acepte –dijo.

Tocó a Manolo en la cara, con una caricia más de amante que de madre.

-La familia de Esther tiene muchísimo dinero.

-No es por eso –dijo Manolo-. Es por puro cansancio. Así cazaban los kiowas a los caballos.

-¿Qué decías?

La Señora Mayor adelantó la mirada inquisitorial.

-Nada. Olvidate.

Manolo bebió de su copa.

La Señora Mayor suspiró.

-Ahora tendré que vivir hasta siempre –dijo-. Tú tendrás tu propia familia, tus propias preocupaciones. ¿Quién se hará cargo entonces de la pobre Leonor?

Se miraron.

-¿Subimos, mamá? –preguntó Manolo-. Yo también tengo que asearme y vestirme. Invitaré a Esther a cenar fuera.

-Buena idea –dijo la Señora Mayor-. ¿Tienes dinero? ¿Quieres?

-Ella tiene –dijo Manolo-. Vos misma lo dijiste.

En El Cuaderno, con letra cansina y lenta, Manolo apuntó:

“La judía y yo nos casaremos no bien regresemos a Montevideo. Su padre, ella lo dijo, nos hará seguramente un gran regalo. Una de las grandes ambiciones del viejo, ella lo dijo, uno de sus sueños, es conseguir que alguna de sus hijas se case con un patricio pura sangre. A mi me ha tocado hacer realidad los mezquinos sueños del viejo.”

Ésa fue la última anotación de Manolo en El Cuaderno. Sabía que sería la última mientras la escribía. Tenía un vaso con whisky al lado, enfrente la ventana: más allá de la ventana una lejana lengua de mar.

FIN

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten alvarocastillo.net

Biografía resumida de Álvaro Castillo:

Nacido en Montevideo en 1948, Álvaro Castillo trabajó en la Agencia EFE y en el semanario Marcha antes de trasladarse, en 1973, a España, donde, además de publicar sus primeras novelas con Plaza y Janés, escribió para diversas publicaciones, como Cuadernos Hispanoamericanos, El Indiscreto Semanal o la revista Nuevo Índice, y colaboró en los guiones de la serie de televisión Curro Jiménez. Álvaro falleció en Madrid en 2015, dejando siete novelas inéditas que ahora se publican por primera vez.